

MANUEL MAURÍN ÁLVAREZ

Departamento de Geografía. Universidad de Oviedo

Adaptarse para sobrevivir: la táctica silenciosa de la geografía contemporánea

RESUMEN

En el artículo se observan las principales transformaciones que, en relación con el objeto, el método y los temas de preferente interés ha conocido la geografía contemporánea y especialmente la española. Dichas transformaciones se explican en el contexto histórico que desde la revolución industrial se extiende hasta nuestros días y se interpretan como un proceso de adaptación táctica y progresivo, más que como el resultado de un plan articulado o una estrategia intencionada.

RÉSUMÉ

S'adapter pour survivre: la tactique silencieuse de la géographie contemporaine. On décrit ici les principales mutations subies par la géographie contemporaine, en spécial la géographie espagnole, du point de vue de l'objet, de la méthode ainsi que des thèmes préférentiels. L'explication tient compte du contexte historique qui s'est déroulé entre la révolution industrielle et nos jours, et ces transformations sont

interprétées plutôt comme un processus d'adaptation tactique et progressive qu'un plan articulé ou une stratégie volontaire.

ABSTRACT

Adaptation for survival: the silent tactic of contemporary geography. We consider the main transformations that modern geography has undergone, specially the Spanish geography, in terms of object, methods and preferential thematic. Changes are explained taking into account the historic context from industrial revolution to nowadays, and interpreted rather as a tactic and progressive process than an intentional strategy.

PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

Teoría de la geografía, pensamiento geográfico, historia de la geografía. Théorie de la géographie, pensée géographique, histoire de la géographie. Theory of Geography, geographical thought, history of geography.

I. LOS AÑOS SESENTA Y LA CRISIS DE LA GEOGRAFÍA

1. LA IMAGEN AMBIVALENTE DE LA GEOGRAFÍA ACTUAL

La geografía (y específicamente la geografía española) se encuentra desde hace algunos lustros en un proceso de transformación sustancial en aspectos relacionados con su objeto de estudio, que progresivamente se traslada de la Tierra al territorio, con sus recursos metodológicos y técnicos, cada vez más vinculados a las técnicas y sistemas de información geográfica, y con una

decidida orientación aplicada hacia el diagnóstico, la ordenación y la intervención territorial, mucho más allá de la tradicional autolimitación al ámbito analítico.

Al tiempo que se vislumbra este cambio perviven ciertos rasgos característicos de una etapa anterior, como la clásica división interna, la imagen aún arraigada de una disciplina de segundo orden y la incomodidad resultante de una insuficiente o ambigua definición del marco y de los conceptos específicamente geográficos, lo que realimenta recelos, tensiones y colisiones que, si en el pasado se produjeron respecto a disciplinas muy especializadas como la geología o la demografía, hoy

lo hacen con aquellas otras, de perfil más transversal, que muestran su interés por el patrimonio, el paisaje o el territorio (desde la ecología al urbanismo o la historia del arte).

Esta imagen, ambivalente y contradictoria, probablemente no responda más que a la propia dialéctica del proceso de cambio y de adaptación a las nuevas circunstancias con las que la geografía se ha ido encontrando en las últimas décadas y, en cualquier caso, es indicativa de la necesidad de situar en el contexto histórico (socioeconómico, cultural y científico) cualquier análisis que pretenda arrojar alguna luz respecto a dicha metamorfosis, al tiempo que también conviene ir aclarando y decantando las cuestiones que resultan sustanciales para la geografía actual y su próximo horizonte, respecto de las que tienen un carácter más aleatorio o complementario.

Y precisamente porque el ejercicio aclaratorio no sería más que especulativo, interiorizado y carente de proyección si no se contrasta y se enmarca en el citado contexto histórico, es por lo que resulta justificado situarse, en principio, en un momento clave para la historia de la geografía contemporánea, cual es el de los años sesenta-setenta del siglo XX (más bien los setenta en la cronología española). Momento clave, en el sentido de que allí se concentran algunas «claves» que permiten comprender tanto el proceso previo que desemboca en ese periodo convulso como la genética de la evolución posterior. Y entre ellas, la que puede considerarse como la «clave de bóveda» del arca contextual: el tránsito hacia la sociedad postindustrial.

2. LA GEOGRAFÍA EN EL OCASO DE LA ERA INDUSTRIAL

Muchos de los trabajos que, sobre la historia del pensamiento geográfico, se han publicado en las últimas décadas¹ y los mismos programas de las asignaturas que, sobre esta materia, se imparten en la universidad (influenciados por aquellos) transmiten la imagen de un desarrollo histórico análogo al de un río con desembocadura deltaica. Parece que la geografía habría tenido un devenir más o menos lineal (aunque no exento de interrupciones, bifurcaciones, variaciones de caudal y aun de cauce) durante siglos, para desembocar en el siglo XX en un escenario de incertidumbre meandriforme re-

suelta, por fin, en una división de corrientes divergentes y entrecruzadas que alcanzaría su apogeo en el mar del séptimo decenio.

Así parecen haber surgido, de la misma madre común, una retahíla de geografías con innumerables apellidos: cuantitativas, radicales, humanistas, feministas, de la percepción, del comportamiento, etc., multiplicándose también los campos de atención y de estudio².

Esta imagen está relativamente sesgada tanto por la justificable simplificación y orientación del pasado en que tienden a incurrir todas las interpretaciones históricas de la ciencia geográfica (Cueto, 1978) como, sobre todo, por la insuficiente síntesis del presente que, diluyendo lo esencial, otorga una importancia equivalente a líneas de pensamiento con una práctica y un respaldo objetivo muy desigual.

En cualquier caso, sí es patente una tendencia de dispersión, contraste y fuerte pugna epistemológica en ese periodo, aunque podría circunscribirse a tres corrientes principales que se han etiquetado como «geografía tradicional», «nueva geografía» y «geografía radical». La primera asumiría la continuidad con la historia reciente de la disciplina, cargando también, por ello, con el patrimonio, la responsabilidad y el lastre que ello supone, mientras las otras dos se postularían como alternativas más rupturistas o revolucionarias, aunque polarizadamente contrapuestas entre sí y de carácter respectivamente neopositivista y marxista (Maurín, 1985).

Más allá de la fragmentación epistemológica (e ideológica), también es manifiesta la división académica entre dos grandes ramas, regional y general, y (especialmente dentro de la geografía general) entre una geografía física y una geografía humana. Aunque con raíces anteriores al periodo de referencia y perviviendo también con posterioridad, y hasta hoy³, esta división alcanzó entonces su mayor apogeo, desbordando ampliamente el marco de la justificable distribución docente e investigadora en ma-

² Matthews y Herbert (2008), por ejemplo, distinguen cinco fases en el desarrollo de la geografía, caracterizando a la más reciente por «la creciente diversidad de su campo de estudio». Por su parte, Janice Monk (2001) señala que «los estudios superiores de geografía [en Estados Unidos] no tienen solamente una gran amplitud temática, sino también perspectivas y metodologías diversas: analítico-espacial, humanista, marxista, posmoderna y postestructural, cuantitativa y cualitativa, de campo, de archivo, e interpretativa, por nombrar solo a las más comunes».

³ La división sigue estando muy presente en los planes de estudios más recientes y en la adscripción de los geógrafos universitarios a áreas de conocimiento, aunque progresivamente parece diluirse entre quienes ejercen la profesión fuera de la universidad, obligados a adaptarse a ofertas de empleo más transversales y polivalentes, según muestra, para el caso de España, el Libro Blanco sobre Geografía y Ordenación del Territorio (Tulla, 2004).

¹ Entre los que han tenido más difusión en España, pueden citarse los de Capel (1981), Gómez, Muñoz y Ortega Cantero (1982), Vilá (1983), Capel y Urteaga (1988), Unwin (1995) Bosque y Ortega (1995) y Ortega Valcárcel (2000).

terias y líneas de trabajo, hasta configurar un escenario próximo a la escisión⁴.

Debe reseñarse también la degradada reputación de la práctica geográfica entre las ciencias afines, lo que se relaciona, en gran medida, con la citada ramificación interna, unida a un perfil exterior cada vez más indefinido y carente de univocidad (Reynaud, 1976). Certeramente lo refleja Anuchin (1975), tanto en la descripción del ambiente hostil y la debilidad de la geografía como en el diagnóstico de la situación:

Hay muchas publicaciones que desde muy diversos puntos de vista intentan desacreditar a la geografía negando su carácter de verdadera ciencia. La geografía, por su parte, se ha mostrado muy vulnerable a tales críticas porque, en primer lugar, puesto que su función es en gran medida de síntesis, se ha visto enormemente menoscabada en el transcurso de la reciente fase de diferenciación de las disciplinas científicas y, en segundo término, porque ocupa un lugar intermedio entre las ciencias naturales y las sociales.

División, indeterminación, descrédito... son síntomas inequívocos de una crisis cuya culminación se produce en la segunda mitad del siglo XX, pero cuyo enraizamiento genético debe buscarse más atrás, en la propia esencia de la revolución industrial.

II. LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL, LA DIVISIÓN DEL TRABAJO Y LA DIVISIÓN DE LA GEOGRAFÍA

1. LA DIVISIÓN DEL TRABAJO CAMPO-CIUDAD Y LA ESCISIÓN SOCIONATURAL

Para destacar, desde un principio, la orientación materialista en la interpretación de la historia reciente de la geografía, priorizando su relación con la evolución socioeconómica previa a la consideración de la propia evolución en el plano teórico y académico, es oportuno comenzar recordando la conclusión que establecen Marx y Engels (1846) respecto a la división del trabajo como base de la configuración y la dinámica territorial, particularmente respecto al contraste entre el campo y la ciudad:

Toda nueva fuerza productiva, cuando no se trata de una simple extensión cuantitativa de fuerzas productivas ya conocidas con

anterioridad, trae como consecuencia un nuevo desarrollo de la división del trabajo. La división del trabajo se traduce, ante todo, en la separación del trabajo industrial y comercial con respecto al trabajo agrícola y, con ello, en la separación de la ciudad y el campo y en la oposición de sus intereses.

En efecto, aunque el binomio campo-ciudad tiene una larga historia como traductor espacial de la elemental división del trabajo entre «la producción y el trato», sólo con la irrupción de la gran industria, adherida al medio urbano, se produce una ruptura definitiva del equilibrio dinámico anterior en favor de las ciudades, que suman esta nueva función a las que ya ejercían tradicionalmente (comerciales, políticas o administrativas).

A su vez, el éxodo rural desencadenado por la propia revolución industrial en su acelerada división del trabajo, además de otras consecuencias de índole económica y demográfica, significó para una mayoría de la población europea la pérdida radical y definitiva de su anterior vinculación con el entorno agronatural.

El mismo éxodo y concentración en los suburbios urbanos se ha dado con posterioridad en el Tercer Mundo y, en todos los casos, las grandes ciudades se convirtieron en un nuevo medio artificial o desnaturalizado⁵ en el que sucesivas generaciones de trabajadores o desempleados fueron abducidas e imposibilitadas de retorno, incluso ocasional, a su medio original. Lo impedía la apropiación y concentración en manos privadas de tierras que antes eran comunales o de pequeñas propiedades, la (aún relativa) rigidez del sistema de movilidad (que limitaba el desplazamiento fuera de las grandes ciudades) y, sobre todo, las férreas y asfixiantes condiciones sociolaborares (en cuanto a salarios, horarios y calendarios) imperantes en el medio urbano-industrial.

Paradójicamente, la intensidad en el aprovechamiento de los recursos (agropecuarios, pesqueros, minero-energéticos, forestales, hidrológicos, etc.) y sus secuelas ambientales también avanzaron irremisiblemente, pero ello no impidió una progresiva escisión, en cuanto a la relación directa y real, entre el medio natural y la mayoría de la sociedad, ya que, cada vez, era menor el porcentaje de ésta que permanecía físicamente arraigado al ejercicio de dichas tareas y, por el momento, sólo una

⁴ André Meynier, decidido defensor de la unidad de la geografía, lamentaba en 1970 que en algunos países «el geomorfólogo no es ya más que un geólogo que se interesa por las formaciones superficiales, el geógrafo humano no es más que un economista preocupado por la localización» (Meynier, 1970).

⁵ Además de la «desnaturalización» también es inherente a la ciudad de la primera revolución industrial la denigrante «deshumanización», detallada por Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845) o en *Contribución al problema de la vivienda* (1873) y escasamente reflejada por los geógrafos de la época, con la excepción, más tardía, de Kropotkin (1898) o de Reclus (1905-1908).

élite selecta podía utilizar la naturaleza como recurso para el ocio⁶.

No puede extrañar, por tanto, que el conocimiento popular sobre el medio natural, las prácticas ancestrales de manejo y la ordenación tradicional de los recursos y del territorio se fuesen extinguiendo al mismo ritmo al que avanzaba la revolución industrial. Tampoco, que la atención social e institucional primase a cada uno de ambos mundos, el natural y el social, por separado y en detrimento de sus vínculos mutuos.

¿Y cómo no iba a verse afectado también, y en grado sumo, un tipo de conocimiento y de enseñanza que, como le ocurre a la geografía y resaltaba Anuchin, «ocupa un lugar intermedio entre las ciencias naturales y las sociales»? Latente ya históricamente, la cristalización definitiva en la segunda mitad del siglo XIX de una geografía con dos ramas, física y humana, cada vez más nítidamente escindidas entre sí, no puede considerarse al margen de este contexto histórico. Es cierto que, desde Ptolomeo y Estrabón, en el mundo antiguo, hasta Humboldt y Ritter en el siglo XIX, no escasean los ejemplos de geógrafos con una marcada tendencia bien hacia el conocimiento de la base física del mundo, bien de la configuración sociohistórica, pero se trata casi siempre de intelectuales que se acercaban a la geografía con una instrucción de origen ya sesgada⁷, mientras que desde entonces es la propia geografía la que, a través de las nuevas cátedras de geografía física o humana, comienza a instruir de manera sistemáticamente sesgada, transmitiendo, ampliando y perpetuando el cisma socionatural⁸.

2. LA DIVISIÓN DEL TRABAJO CIENTÍFICO Y LA RAMIFICACIÓN DE LA GEOGRAFÍA

Y aún más, la inexorable y prolífica división del trabajo científico, como una parte de la división gene-

⁶ Es significativo, al respecto, que en Manchester y Sheffield, cuna de la revolución industrial, tuviesen lugar en los años treinta del siglo XX importantes manifestaciones obreras reivindicando el libre acceso y disfrute del medio natural, hasta entonces reservado a la aristocracia terrateniente y que la primera ley inglesa de protección de espacios naturales, de 1945, se denominase «Ley de Parques Nacionales y de Acceso al Campo» (Blázquez, 1999).

⁷ Antes que geógrafo, Ptolomeo era astrónomo y matemático, Estrabón historiador, Humboldt fue naturalista y Vidal de la Blache arqueólogo. Entre ambos extremos cronológicos (por añadir algún ejemplo entre los geógrafos más famosos), Varenio estudió medicina antes de interesarse por la geografía y Kant era, ante todo, un reputado filósofo.

⁸ Y generando, como décadas más tarde lamentaba Hartshorne (1959), «consecuencias desastrosas para la posición de la geografía en las escuelas secundarias».

ral del trabajo, no sólo acentuó el cisma entre los dos grandes campos del conocimiento, sino que fragmentó también en múltiples segmentos cada uno de ellos, generando nuevas áreas de conocimiento e investigación, nuevas ciencias, que con frecuencia operaban en ámbitos conexos a los de la geografía, compitiendo con ella. La geología, la meteorología o la edafología, en el campo físico, y la demografía, la antropología o la sociología, en la vertiente social, son buenos ejemplos de ello. Hasta la cartografía, que había sido la principal señal de identidad e imagen de los geógrafos (Cosgrove, 2010), pasó a ser objeto de diseño y elaboración por parte de especialistas y organismos que, aun cuando hayan mantenido la signatura geográfica (como, por ejemplo, ocurre en España con el Instituto Geográfico Nacional), quedaron completamente desvinculados del quehacer cotidiano de la disciplina (Broc, 1974; Thrower, 2002).

En estas circunstancias la competencia no podía ser más que desfavorable para la geografía. Abarcando un campo muy amplio, arrastrando una estructura interna compleja, pesada y confusa⁹ y manejando un utillaje de elaboración ajena, su rendimiento científico (teórico y práctico) no podía compararse con el que proporcionaban las ciencias especializadas, sumamente eficaces debido al acotamiento estricto de sus «yacimientos» de investigación, a la profundización unidireccional, la utilización de recursos técnicos en permanente actualización y la adaptación a las necesidades y demandas del mercado capitalista, impulsor último del sistema científico tanto como del económico, el social y el cultural.

Puede entenderse así que la geografía fuese generando, más allá aún de la bifurcación troncal físico-humana, una estructura interna más perfeccionada y articulada en múltiples ramas, insertas en cada uno de los dos troncos principales: la geomorfología, la climatología, la biogeografía..., por un lado, la geografía de la población, rural, urbana, económica..., por otro. Esta articulación permitía a la geografía aproximarse a los dos objetivos que garantizaban, por el momento, su supervivencia: por una parte, el mantenimiento de la tradición de ciencia de amplio espectro, sin perder (del todo) el carácter unitario, y, por otra, el acoplamiento (precario) al nuevo modelo científico especializado,

⁹ Confusión que alimenta las dudas expresadas a finales del siglo XIX por el geógrafo inglés H. J. Mackinder (1887) cuando se pregunta: «¿La geografía es uno o varios temas? ¿La geografía física y la política constituyen dos etapas de una misma investigación o, por el contrario, se trata de temas diferentes que deben ser estudiados con distintos métodos, la una como apéndice de la geología, la otra como apéndice de la historia?».

manteniendo la afinidad (como apéndice) con cada una de las ciencias conexas.

Además de los costes menores (que aparecen entre paréntesis en la frase anterior), el mayor tributo derivado de este posicionamiento era, en términos científicos, el de la dependencia exterior, ya que se hacía necesario recurrir a las «ciencias auxiliares» para nutrir cada rama geográfica de temas de interés y actualidad, así como para conocer los avances y acercarse a la frontera en que se sitúa la investigación. También había que importar conceptos, métodos y técnicas para, ya en el marco geográfico, desarrollar adecuadas equivalencias. Básicamente se añadía como principal aportación el análisis de los fenómenos en el marco espacial (perspectiva metodológica en la que se insistirá más adelante), con especial atención a su distribución y localización en la superficie terrestre, la cual interviene añadiendo a los fenómenos originales las consecuencias, modulaciones o variaciones que se manifiestan en relación con las variables específicas de ese contexto, como la latitud, longitud, altitud, distancia al mar, etc.¹⁰

Una consecuencia importante de este modelo de dependencia y, hasta cierto punto, de intrusismo (Herbst, 1961) es la necesaria especialización de cada geógrafo en su área de trabajo, pues de otra manera no sería posible avanzar al unísono con las ciencias de referencia, rompiéndose el cordón umbilical de nutrición científica. Además, la servidumbre «lleva a muchos geógrafos a desplazarse lejos del núcleo del campo y a explorar los reinos periféricos donde las perspectivas e ideas geográficas se cortan con las de otros campos del saber» (Baerwald, 2010).

Pero si cada geógrafo se ocupa sólo de un área de conocimiento, descuidando las demás y alejándose también del centro disciplinar, ¿cómo garantizar el otro objetivo irrenunciable, el del carácter unitario? Esto sólo podría ser factible incluyendo alguna rama más que, con carácter especial y transversal, se ocupase de mantener los vínculos entre el complejo abanico de temas que genera la

especialización y reservando, al tiempo, un contingente de geógrafos preparados para esa misión.

La diferenciación entre la geografía general y la geografía regional se inscribe en esa lógica. V. Valentí señala que «el enfoque general estudia fenómenos que se dan en la superficie terrestre y el regional una parte de dicha superficie, mayor o menor» (Vilá, 1983), pero la complementariedad entre ambas no es sólo de escala, sino también funcional. En efecto, la geografía general (que a su vez se divide en geografía general física y geografía general humana y se subdivide en ramas de diverso orden) recoge información relevante de las ciencias especializadas y la traspone al ámbito geográfico, preferentemente a escala terrestre, ya que persigue el esclarecimiento de las pautas generales de localización. A su vez, la geografía regional recoge la información temática, ya filtrada, que le proporciona la geografía general (lo cual multiplica por dos su grado de dependencia), y con dicha información avanza en dos líneas entrecruzadas: contrastándola con las observaciones empíricas efectuadas sobre superficies menores (continentes, países regiones, comarcas...) y detallando, en dichas superficies, la asociación particular entre los elementos físicos y humanos. En fin, una pretende ser analítica y sectorial; la otra, sintética y transversal.

La institucionalización y generalización, ya en el siglo xx, de esta compleja y articulada estructura científico-académica, que aún caracteriza a la geografía actual, se asienta en las exigencias y necesidades derivadas de la división del trabajo científico, pero no surge como algo completamente nuevo, sino que, como ha ocurrido en otros casos, se basa en la recuperación y actualización de planteamientos antiguos que encuentran en el nuevo contexto el adecuado impulso para arraigar y desarrollarse¹¹. En cualquier caso, no parece que dicha división sea fruto de una estrategia específicamente diseñada, sino más bien el resultado de un proceso de adaptación evolutiva.

Como fuere, la organización «general-regional» no sólo permitió mantener la unidad disciplinar de la geografía, sino también la convivencia en su seno de me-

¹⁰ El ejemplo de la climatología puede servir como patrón general de acoplamiento, dependencia y aportación específica, siendo en este caso la ciencia conexa la meteorología, una rama de la física que se ocupa de explicar y predecir la dinámica atmosférica (que fundamentalmente se origina y acontece en la atmósfera). La climatología, como rama de la geografía física, partiendo del conocimiento de la dinámica atmosférica general que proporciona la meteorología, presta especial atención a cómo, por contacto, la superficie terrestre interviene en aquella dinámica o matiza sus efectos (considerando el factor orográfico, el contraste marítimo-terrestre, la influencia de los bosques, de las ciudades, etc.) y al mosaico climático que de ello resulta, estableciendo clasificaciones y diferenciando los tipos de climas.

¹¹ Aunque la organización del trabajo geográfico según temas o según escalas ha sido planteada por muchos geógrafos a lo largo de la historia, es en la diferenciación que, en el siglo xvii, estableció Varenio entre una parte «general» y otra «especial» de la geografía donde puede referenciarse esencialmente la división contemporánea: «La geografía se divide en dos partes, una general y otra especial. La primera estudia la tierra en su conjunto, explicando sus diversas partes y características generales. La segunda, es decir, la geografía especial, respetando las reglas generales, estudia las regiones concretas, su localización, divisiones, límites y otros aspectos dignos de ser conocidos» (Varenio, reproducido por Unwin, 1995).

todologías y tendencias epistemológicas muy dispares y confrontadas. Es normal que muchos de los geógrafos que se especializaban en materias propias de la geografía general, atraídos por las destrezas y el progreso de las ciencias afines y ante la necesidad de orientar la investigación hacia la búsqueda de regularidades y modelos generales, optasen por un planteamiento teórico, más o menos positivista, y por una formalización matemática o geométrica de los resultados. Por el contrario, quienes se decantaban por los estudios regionales asumían, en las antípodas de los anteriores, una posición escorada hacia la idiografía, el historicismo y la formalización paisajística, desde donde era más factible la comprensión y la expresión de la singularidad regional «modelada históricamente y cuya plasmación material es un paisaje determinado» (Méndez y Molinero, 1984).

Claro que igualmente podría hacerse una interpretación invirtiendo el orden de los factores, de manera que fuese la existencia previa de una orientación positivista o, en cambio, empirista la que inclinase a los geógrafos hacia una u otra vertiente práctica, la general o la regional. O quizá, en cada caso, se han conjugado ambos factores (el ideológico y el práctico) en proporciones variables; pero, de cualquier forma, la susodicha articulación troncal parece haber jugado, entre otros, un cierto papel de contención respecto a las tendencias centrífugas, no sólo en el plano científico o académico, sino también filosófico e ideológico. De otro modo parece difícil que la geografía haya podido atravesar tan profunda y prolongada crisis manteniéndose, al menos formalmente, como un saber unitario.

III. EL REPLIEGUE DE LA GEOGRAFÍA

Reflexionando sobre algunos de los aspectos citados, y especialmente sobre la relación entre la geografía y las ciencias afines, Fenneman trazó en 1919 su famosa «circunferencia de la geografía», en la que (desde una perspectiva geocentrista y autocomplaciente) situaba a la disciplina en el centro del campo del saber y remarcaba las franjas de solapamiento o yuxtaposición exterior que coinciden con el espacio ocupado por las diferentes ramas de la geografía general. Al tiempo, reservaba en una posición más protegida un núcleo central o «corazón» que se correspondería con el ámbito propio de la geografía regional (Fenneman, 1919). Ésta se consideraba, por tanto, como la verdadera esencia de la geografía, su parte más pura, y a ese planteamiento se aferraron muchos geógrafos, sobre todo europeos, para mantener la supre-

macía de los estudios regionales, frente a los generales, durante la primera mitad del siglo¹².

Ahora bien, lo cierto es que las nuevas ciencias naturales y sociales, que en esa época ocupaban una posición conexas a la de la geografía, no permanecieron inmutables, como se podría deducir desde una lectura inmovilista del gráfico de Fenneman. Siguieron, por el contrario, interactuando y avanzando sobre el campo y el propio objeto geográfico mientras la geografía se replegaba progresivamente, de manera que también podría llegar a visualizarse la relación en el campo de las ciencias como se representa en la Fig. 2, en la que la geografía, más que parcialmente yuxtapuesta, aparece como un mero apéndice (algo ya ha señalado más arriba) superpuesto respecto a aquellas ciencias y fragmentado internamente.

1. LA REDUCCIÓN DEL OBJETO

En relación con el repliegue de la geografía debe tenerse en cuenta, además del auge de otras ciencias, el problema intrínseco respecto a la definición y el acotamiento preciso de su propio objeto, que, precisamente en la segunda década del siglo XX, mostraba síntomas de agotamiento definitivo, al menos en la forma en que había sido concebido históricamente.

Siendo la Tierra dicho objeto y el descubrimiento de lo desconocido la exigencia principal de cualquier ciencia, la geografía había conocido épocas de auge coincidentes con fases expansivas de carácter imperial en las que se promocionaban las misiones de descubrimiento, reconocimiento, representación, conquista y explotación de nuevos territorios. Las campañas de exploración aportaban mucho material bruto que requería de un trabajo posterior de afino y profundización y, por ello, venían sucedidas de etapas largas y fructíferas en la producción cartográfica¹³ y en la sistematización y publicación de los conocimientos adquiridos respecto a nuevos territorios, recursos y poblaciones. Aunque no en exclusiva, por supuesto, los geógrafos participaban

¹² Impulsado inicialmente por el francés Vidal de la Blache, el apogeo regional, que Meynier (1969) bautizó como «la edad de oro de la geografía regional», se corresponde con una etapa en la que los conceptos de geografía y de región llegaron casi a confundirse; también en España, donde para Manuel de Terán (1960) «la geografía moderna» era, ya sobrepasada la mitad del siglo, «fundamentalmente geografía regional como en la Antigüedad fue chorología».

¹³ «En las carreras de velocidad que llevaban a cabo marineros españoles y portugueses, además de marineros ingleses y franceses, el levantamiento cartográfico equivalía a la toma de posesión» (Broggio y Philipponneau, 2001).

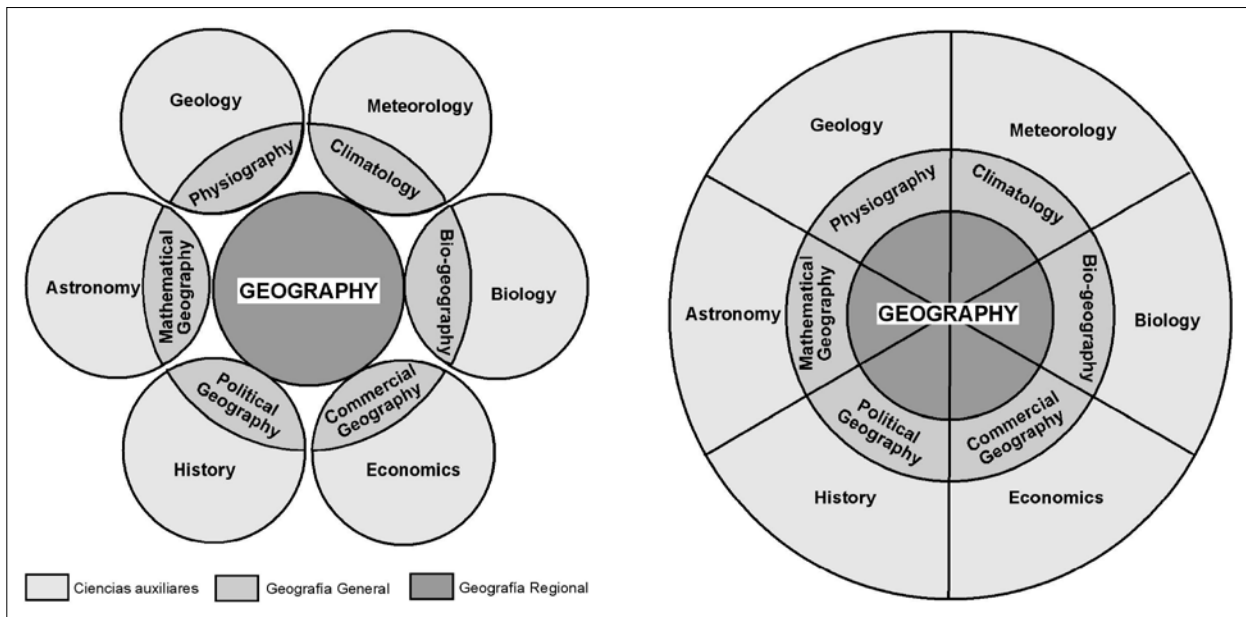


FIG. 1. A la izquierda, la geografía en el campo de las ciencias, según Fenneman (1919, adaptado del original); a la derecha, la geografía como apéndice superpuesto a otras ciencias. Reinterpretación propia del modelo anterior.

en ambos cometidos, el del acopio informativo y el del tratamiento posterior de la información, como es normal en cualquier ciencia.

Y precisamente el siglo XIX había sido uno de estos periodos en el que las aventuras geográficas gozaban de amplia popularidad, auspiciadas por el colonialismo europeo y difundidas por instituciones como las Sociedades Geográficas (Rodríguez, 1996). Pero dichas aventuras declinaron bruscamente una vez que los lugares más recónditos del planeta, incluidos los polos, fueron alcanzados por los exploradores y dominados por las grandes potencias. La ocupación que éstas llevaron a cabo en el continente africano y la propia guerra europea, relacionada con su reparto colonial, culminaron el largo proceso de control y apropiación del conjunto del globo y de sus recursos y, en cierta forma, despojaron a la geografía de una parte sustancial de su materia de estudio.

A partir de ahora se producía un giro preocupante en las expectativas geográficas: no quedaban nuevas tierras que descubrir y la información existente podía ser procesada y aplicada de manera más eficiente por las ciencias especializadas¹⁴. Se abría para éstas, y para

¹⁴ El conocimiento que éstas aportaban era útil para afianzar en el plano mundial (y más allá del campo bélico) el dominio capitalista e imperialista de los recursos y los mercados; a las potencias consolidadas o emergentes les servía para mantener o disputar posiciones en el plano geoestratégico y, en todos los

casos, garantizaba un incremento constante de la productividad, el rendimiento económico o el control social. Es el caso de la geología, la estadística, la economía o la propia cartografía, por citar sólo algunas de las más próximas al interés geográfico.

las ingenierías a ellas vinculadas, un periodo de prosperidad que ampliaba tanto sus horizontes como reducía los de la geografía, relegada a un papel menor, complementario y orientado a «forjar la identidad nacional a través del sistema escolar y a articular el conocimiento geográfico sobre el entorno inmediato, sobre el propio país» (Ortega, 2000), así como a «proporcionar datos a políticos, comerciantes o público general» (Capel, 1981), lejos, en cualquier caso, de la investigación de vanguardia.

División, competencia, agotamiento del mundo desconocido..., todos estos problemas entrecruzados que acuciaban a la geografía de principios de siglo tuvieron, además de las ya citadas, importantes consecuencias relacionadas con el propio enunciado de su objeto de estudio. La definición de la geografía como «ciencia general de la Tierra», plenamente vigente en el siglo XIX¹⁵, comenzó a ser una referencia menos utilizada desde que, a finales de la centuria, algunos geógrafos

casos, garantizaba un incremento constante de la productividad, el rendimiento económico o el control social. Es el caso de la geología, la estadística, la economía o la propia cartografía, por citar sólo algunas de las más próximas al interés geográfico.

¹⁵ Es la definición, entre otros, de Humboldt, aunque en épocas anteriores había perspectivas aún más amplias que desbordaban a la Tierra en sí, para contemplarla también como objeto celeste, como habían hecho ya, en el mundo clásico, el propio Eratóstenes y otros geógrafos griegos.

redujeron su contenido al de una «ciencia de la superficie terrestre»¹⁶.

Fue un primer paso, muy significativo, del repliegue geográfico frente al avance de otras ciencias en el estudio de las esferas más internas o las más externas del planeta (caso de la geofísica o de la meteorología), pero no podía ser suficiente por dos razones: en primer lugar, porque sólo deslindaba el campo geográfico respecto a algunas ciencias naturales, ya que otras, como la biología y, por supuesto, todas las ciencias sociales, tenían también en la superficie sus objetos de estudio (la biosfera y la sociosfera, respectivamente); y, en segundo lugar, porque el deslinde unilateral en absoluto podía contener el creciente interés de las propias ciencias físicas por los fenómenos de interacción superficiales.

Quizá por ello se abrió pronto camino una interpretación aún más restrictiva respecto a lo que los geógrafos debían enfocar en sus estudios sobre la superficie terrestre, interpretación circunscrita a los aspectos morfológicos, esto es, al paisaje¹⁷. De esta manera, el paisaje se convirtió, a través de Hassinger (precisamente en 1919) en «el objeto propio de la geografía que ninguna otra ciencia debía poner en duda» (Troll, 1963), lo que indirectamente nos muestra también el acoso exterior a que la geografía estaba sometida y el anhelo por encontrar una solución definitiva al problema del objeto.

En este mismo sentido puede entenderse el planteamiento francamente dúctil y resignado de Paul Michotte (1922), que trata de proporcionar una legitimación por pasiva cuando razona que

Un gran número de ciencias estudian los hechos de la superficie terrestre. ¿Hay algún objeto que no sea enfocado por alguna de ellas que la geografía pueda reivindicar legítimamente o, por el contrario, la suma de las ciencias de observación nos da a conocer los fenómenos superficiales de la Tierra en todos los aspectos posibles, hasta el punto de que la Geografía no sea más que una repetición? La solución ha de ser encontrada mediante un análisis del objeto, contenido y límites de las ciencias particulares, para aislar y reducir lo que queda fuera de ellas. Esta investigación llega a la conclusión de que existe, en efecto, un objeto que las ciencias particulares no estudian, y que ese objeto es la combinación de los

fenómenos de superficie que constituyen las unidades diferenciadas del paisaje.

En cualquier caso, este planteamiento significa un nuevo retroceso en la delimitación del objeto geográfico, reducido a una parte de «los hechos de la superficie», la que se materializa en las formas (del paisaje), pareciendo que se delega en otras ciencias (las «ciencias de observación» o «ciencias particulares») el estudio de los contenidos (estructurales o funcionales) que sustentan y explican las variaciones paisajísticas¹⁸.

El enfoque paisajístico fue ampliamente asumido por la geografía europea e incluso conoce hoy un impulso renovado. No es de extrañar que ocurra así allí donde la larga y compleja historia de conformación cultural del medio se manifiesta constantemente y en cualquier lugar, alimentando una rica diversidad regional: se trata de aquellos países a los que Labasse (1973) denominaba «de espacio concluido». Pero en otras latitudes y en los países que el mismo autor califica como de «espacio abierto» (grandes territorios de colonización en los que apenas existe una continuidad respecto a las civilizaciones indígenas precedentes, como ocurre en Estados Unidos), la aceptación del nuevo enfoque fue limitada, perviviendo con mayor sustento la definición del objeto referente a «la superficie terrestre»¹⁹, lo que, por otra parte, se acomodaba mejor a la predominante tendencia teórica y espacial de la geografía anglosajona.

2. LA EXALTACIÓN DEL MÉTODO

Como quiera que los reajustes reductivos no satisficieran por completo a la comunidad científica, ni aun al conjunto de la comunidad geográfica, presentando evidentes debilidades epistemológicas y trasladando una imagen de indefinición o de polivalencia respecto a lo que debe entenderse como materia exclusiva del quehacer geográfico, muchos geógrafos optaron por restar trascendencia a la definición del objeto, reclamando una

¹⁶ Añadiendo cada cual sus matices, pues mientras para Richthofen (1883) «la geografía es la ciencia de la superficie terrestre y de los fenómenos que están en relaciones mutuas de causalidad con ella», Hettner (1927) considera «desafortunada» esa formulación e indica que «la geografía es más bien sólo la ciencia de la superficie terrestre según sus diferencias regionales».

¹⁷ También con múltiples matices y sesgos (físicos, culturales, ecológicos), Schlüter, Gradmann, Hassinger, Passarge, Sauer o Troll fueron algunos de los principales introductores e impulsores del paisaje como objeto de estudio de la geografía (Troll, 1963).

¹⁸ Para atajar la crítica sobre el carácter descriptivo, y por lo tanto limitado, del enfoque geográfico sobre los paisajes, Manuel de Terán (1960) añade el término «explicación» en su definición del paisaje: «La geografía, en efecto, y en el estado actual de su evolución, se nos aparece como una descripción razonada y explicativa de los paisajes terrestres, entendiendo por tales la diversidad de los aspectos fisonómicos de la superficie terrestre, resultantes de la combinación de los factores físicos y humanos que en ellos actúan».

¹⁹ Así, W. Bunge (1962) afirma en su famosa *Theoretical geography* que «existe un consenso entre los geógrafos americanos para definir el objeto de la geografía como ciencia de la superficie terrestre».

excepcionalidad para la geografía que vendría dada por su peculiaridad metodológica. H. Baulig (1948) señalaba, en esta línea, que la geografía «es en primer lugar un método o, si se prefiere, una manera de considerar las cosas», mientras que Max Derruau (1961), dando un paso aún más explícito, situaba al método en prioridad frente al objeto: «[...] la geografía se define más por su método que por su objeto».

¿De donde surge y en qué consiste la peculiaridad metodológica de la geografía? Precisamente de su posición intermedia, de intersección o de encrucijada entre diversas disciplinas²⁰ que, al mismo tiempo que dificultaba la definición de sus límites, proporcionaba la oportunidad de observar conjuntamente los fenómenos que las «ciencias normales» sólo podían enfocar por separado; de aquí surgía la vocación y la metodología sintética²¹. ¿Y que aglutinante se podía utilizar para obtener una conjunción de elementos tan diversos como los que conviven en la superficie terrestre?: el hecho de su coexistencia en el espacio, o sea, la perspectiva espacial²².

El recurso a esta doble metodología marca, pues, el carácter excepcional de la geografía, llegando a considerarse como «sus dos éxitos más específicos, el sentido de la dimensión espacial y el de la síntesis» (Maistre, 1971). Para sustentar esta posición se recuperaron, también en este caso, antiguas ideas sobre la filosofía del conocimiento, específicamente aquellas en las que Kant, ya en el siglo XVIII, resaltaba el carácter sobresaliente de la historia y de la geografía en tanto que ambas cubrían todo el campo del conocimiento, una ensartando los fenómenos en el plano cronológico y la otra en el espacial o corológico (May, 1970; Bonnet, 2008). Era, por lo tanto, el sumatorio de su peculiar posición en el campo de las ciencias y de su peculiar punto de vista lo que generaba la excepcionalidad científica de la geografía.

3. EL DESAJUSTE TEMÁTICO Y EL RETRASO CIENTÍFICO

La búsqueda de una cierta homologación (en tanto que saberes excepcionales) entre la geografía y la historia re-

portaba a la primera la ventaja de escudarse en otra disciplina cuya autonomía nunca ha sido cuestionada. Debe recordarse, no obstante, que mientras el ejercicio sintético-cronológico al que recurre la historia se encuentra restringido al ámbito social, la síntesis espacial de la geografía abarca también al espectro natural, por lo que el reto teórico y la dificultad metodológica se acrecientan notablemente en este caso. Y una consecuencia obvia de ello, en relación con la investigación, es la tendencia a una excesiva dispersión temática, tendencia que aún pervive hoy y que ha dejado pocos fenómenos (relevantes e irrelevantes) al margen del interés geográfico²³, lo que resulta compatible con el hecho de que, en cada momento, determinadas materias hayan tenido preferencia sobre las demás.

Hasta qué punto el reto teórico, la dificultad metodológica y la ambición y dispersión temática han podido lastrar el desarrollo de la geografía es una cuestión abierta y discutible, pero el hecho cierto es que, al menos desde mediados del siglo XIX, se aprecia un constante y sistemático desajuste entre los temas que objetivamente han destacado en cada periodo, situándose en el centro de la dinámica histórica y acaparando la atención general y los que, sin embargo, han merecido un preferente interés desde la perspectiva geográfica.

Así, mientras el capitalismo surgido de la primera revolución industrial transformaba rápidamente la estructura económica, social y territorial de Europa, extendiendo también al mundo su afán imperialista, la práctica geográfica dominante miraba hacia el medio físico como factor primordial para explicar la configuración del mundo y de las naciones, «presentada como si no se tratase de una construcción histórica sino de un conjunto espacial engendrado por la naturaleza» (Lacoste, 1977). Por ello, cuando ya Engels (1876a) mostraba cómo «únicamente el hombre ha logrado imprimir su sello a la naturaleza, modificando el aspecto y el clima de su lugar de habitación», Ratzel (1882) se obstinaba en que la geografía humana debía estudiar a los pueblos «en relación con el medio natural que los sojuzga y sobre esta misma base plantear las leyes que regulan la vida de los pueblos». En resumen, como señala Ortega Valcárcel (2000): «Frente al determinismo de las relaciones sociales, el determi-

²⁰ En este sentido, P. Hagget (1976) asegura que la geografía es la «ciencia que aparece en la intersección de tres conjuntos constituidos respectivamente por las ciencias de la Tierra, las ciencias sociales y las ciencias geométricas».

²¹ Hasta el extremo de que para Roger Brunet (1962) «un estudio geográfico no puede ser más que sintético».

²² En relación con el sesgo espacial, Schaefer (1953), vinculando método (espacial) y objeto (la superficie terrestre), define a la geografía como «una ciencia que se refiere a la formulación de leyes que rigen la distribución espacial de ciertas características en la superficie terrestre».

²³ Un buen ejemplo de la dispersión temática es el de la existencia en el seno de la Asociación de Geógrafos Españoles (AGE) de catorce grupos de trabajo: climatología, didáctica de la geografía, estudios regionales, geografía de América latina, geografía física, geografía económica, geografía de la población, geografía rural, geografía de los servicios, geografía del turismo, ocio y recreación, geografía urbana, métodos cuantitativos, SIG y teledetección, historia del pensamiento geográfico y desarrollo local (Requés, 2004).

nismo geográfico. Frente a la autonomía de la historia, la dependencia del acontecer histórico de la naturaleza. Frente al protagonismo social el protagonismo físico. Frente a la dialéctica social, la dialéctica del hombre con la naturaleza como dos mundos encontrados»²⁴.

¿Y qué decir de la primera mitad del siglo xx? En ese periodo, en el que termina de consolidarse el capitalismo industrial y las ciudades crecen incesantemente, alimentadas por los flujos migratorios y el éxodo rural, ni la industria, ni las ciudades, ni el éxodo merecen para la geografía regional, predominante entonces, un lugar destacado, que sí ocupan, en cambio, el medio y el paisaje rural, descritos en un estado de permanencia y conformación concluida que en poco refleja su verdadera condición de crisis, desarticulación y declive. Como apunta Yves Lacoste (1977) en su crítica mordaz a la escuela regional francesa y a su fundador, Vidal de la Blache, «el hombre vidaliano apenas habita las ciudades, vive sobre todo en el campo, es fundamentalmente el habitante de unos paisajes que sus lejanos antepasados modelaron y ordenaron».

Una crítica, la que ha merecido la geografía regional clásica, que va más allá del evidente desajuste temático, para denunciar también la connivencia ideológica con el poder instituido y su dominio territorial a todas las escalas; connivencia que subyace en el aparente desenfoque de la realidad (porque se trataría de un escamoteo consciente o tácito)²⁵.

Más allá del desajuste (con la connotación ideológica asociada) puede hablarse también de retraso (o, mejor, de un desajuste por retraso), ya que la geografía parece haberse centrado en ciertos temas tardíamente, cuando otras especialidades ya habían avanzado notablemente sobre ellos. A los casos ya citados puede añadirse aquí el propio retraso en el estudio de los fenómenos urbanos, que comenzaron a despuntar por fin a partir de los años setenta (habiendo sido cultivados, hasta entonces, por urbanistas y arquitectos), alcanzando su apogeo cuando, al final del

siglo xx²⁶, la globalización, la generalización de la movilidad interurbana y la descentralización de actividades difuminaban ya el contorno de las ciudades tradicionales, indiferenciándolas y disolviéndolas en un conglomerado territorial cada vez más intrincado y atomizado.

Desde otra perspectiva, la de la nueva geografía cuantitativa que emergía a mediados del siglo xx (impulsada, sobre todo, por geógrafos anglosajones como Schaefer, Bunge, Hagget, Chorley, Berry, Harvey, etc.), se denunciaba también el retraso acumulado por la geografía tradicional, aunque focalizándolo en la deficiente incorporación del «método científico». Tomando como referencia el modelo de las ciencias físicas y biológicas, cuyos avances a lo largo del siglo xx han sido espectaculares, y partiendo de la base de que el lenguaje, las técnicas, los contenidos conceptuales y la propia estructura lógica de las explicaciones no tenían por qué variar sustancialmente entre la geografía y las ciencias citadas (Harvey, 1969), se postulaba la asunción de dicho modelo científico estándar como medio para estimular el desarrollo de la geografía.

Se señaló, en concreto, la necesidad de llevar a cabo una abstracción generalizadora que rescatase y mostrase el orden espacial, que se suponía enmascarado, oculto bajo el montón de hechos aleatorios de los que se ocupaba la geografía regional. Únicamente había que apartar estos hechos a un lado y el orden (geométrico) quedaría al descubierto. Del estudio de este orden se derivarían modelos, leyes y teorías que permitirían a la geografía emerger desde su estado supuestamente precientífico hasta homologarse con el conjunto de las ciencias avanzadas (Schaefer, 1953). Para progresar en esta línea se recuperaron algunos trabajos geográficos precursores (especialmente la teoría de Walter Christaller sobre los «lugares centrales», formulada ya en los años treinta) y se acometió un vasto trasvase y adaptación al campo geográfico de conocimientos externos, recurriendo para ello a múltiples analogías e isomorfismos²⁷:

²⁴ Tampoco debe entenderse el planteamiento de Engels desde la perspectiva del determinismo social, opuesta al determinismo físico de Raztel (que sí lo es), sino más bien desde la perspectiva de la dialéctica entre la sociedad y la naturaleza. El propio Engels (1876b) señala al respecto que «no debemos dejarnos llevar del entusiasmo ante nuestras victorias sobre la naturaleza. Después de cada una de estas victorias la naturaleza toma su venganza. Bien es verdad que las primeras consecuencias de estas victorias son las previstas por nosotros, pero en segundo y en tercer lugar aparecen unas consecuencias muy distintas, imprevistas y que, a menudo, anulan a las primeras».

²⁵ Esta percepción lleva a Joan-Eugeni Sánchez (1981) a concluir (refiriéndose a una obra de M. Derruau) que «si esto es todo lo que podía dar de sí la geografía [...], bien poca cosa es todo ello y merecido parece el rincón que la geografía ocupa».

²⁶ Y aun así, todavía hoy en España, dentro de la gran dispersión temática existente, la geografía rural encabeza, por encima de la geografía urbana, el porcentaje de las publicaciones geográficas especializadas, tanto en forma de artículos como de libros (Canosa, Frochoso y Muñoz, 2004).

²⁷ Un caso muy llamativo, por su carácter extremo, es el del estudio de W. Warntz (1975) sobre la distribución espacial de la renta en Estados Unidos, en el que el autor postula la analogía entre este fenómeno y la ecuación para el gas perfecto de Boyle y Gay-Lussac. A partir de esa supuesta similitud equipara la densidad de la renta con la presión, la población con la constante del gas, los individuos con moléculas del gas y la renta per cápita con la temperatura, aplicando después a la población leyes de la termodinámica (ecuaciones adiabáticas), para concluir con una cartografía en la que se representan «frentes de renta» y otros individuos socioisobáricos.

La utilización de teorías físicas para explicar por analogía situaciones que se producen en el campo de la geografía se hizo entonces una práctica común: la teoría newtoniana de la gravitación fue ampliamente usada en geografía urbana para explicar la configuración de las áreas de atracción comercial; la disminución de la emigración a partir de un centro se comparó a la emisión de un rayo luminoso en el que la luz es absorbida gradualmente por el medio en el que circula, disminuyendo con la distancia al foco emisor; el estudio del tráfico por las autopistas se hizo utilizando la teoría de los fluidos, y el del comercio a partir de teorías eléctricas. Los conceptos de la termodinámica, que están en la base de la teoría general de los sistemas, se hicieron de uso general. (Capel, 1981)

La nueva geografía se presentaba, por tanto, como alternativa frente al retraso acumulado por otras prácticas o corrientes geográficas, desplegando un sugestivo aparato lógico-formal, capaz de impresionar y acomplejar a quienes carecían de conocimientos matemáticos. Sin embargo, paradójicamente, también incurría en un palmario desajuste temático, cronológico y conceptual, resultando frustrantes, respecto a las expectativas creadas, muchas de sus aportaciones.

En efecto, aunque la atención se dirigía ahora preferentemente hacia los sistemas urbanos como piezas básicas de la articulación espacial, se trataba de sistemas cuyas ciudades, desprovistas de la función productiva, se concebían básicamente como centros de servicios y de distribución comercial (Berry, 1971), más próximas al modelo de la ciudad preindustrial de tamaño medio y a un ideal económico de libre competencia que a la realidad urbana del siglo xx, caracterizada por el desarrollo de los grandes complejos metropolitanos y las megalópolis, en un contexto económico dominado por los oligopolios y las multinacionales.

Igualmente se puede entender como retraso conceptual el desmembramiento y la exclusión de la dinámica social, asociados, en la práctica cuantitativa, al uso de la información numérica en los modelos espaciales multivariados (Racine, 1977), y no ha faltado quien vinculase, también en referencia a la nueva geografía (de la misma manera que, en paralelo, ocurría con la «nueva historia» o con la «nueva economía»)²⁸, su incapacidad explicativa y su conservadurismo ideológico:

²⁸ En un razonamiento, perfectamente trasladable al campo geográfico, Sampedro (1983) ironiza respecto a la prepotencia de los «nuevos economistas» cuando recurren abusivamente a los análisis lógico-formales, al tiempo que ridiculiza sus logros y denuncia su sesgo mecanicista: «Tales economistas se ufanan de su preparación técnica y les llena de orgullo el rigor y la elegancia de sus análisis [...]. Admiro muy sinceramente su talento, su eficacia expositiva y su capacidad para decorar con gran aparato científico ciertas verdades parciales, en el fondo triviales [...]. El error de esos economistas consiste en querer estudiar la realidad social con instrumentos conceptuales únicamente aptos para analizar sistemas mecánicos y, sólo en cierta medida, los biológicos».

El fragmento de teoría más desarrollado y perfeccionado que existe en el campo de la geografía humana —la teoría de los lugares centrales— es poco más que un recurso descriptivo. Cientos y cientos de estudios de lugares centrales cada vez más sofisticados han demostrado: ¡esto es como es! Muy pocos análisis que llevarsen la etiqueta de «geografía» se han enfrentado con el problema mucho más interesante de: cómo podría cambiar. La teoría de los lugares centrales, la teoría del uso del suelo, la teoría de los polos de crecimiento, etc., han sido aplicadas en un contexto de planificación física y regional. Estas aplicaciones han llevado a la reproducción de las estructuras físicas, regionales y sociales ya existentes —no en detalle, sino en principio—. La razón, claro está, es que los supuestos subyacentes en la teoría de los lugares centrales y teorías afines son simplemente los mecanismos fundamentales de la sociedad capitalista. (Folke, 1972)

IV. EL TRÁNSITO HACIA LA SOCIEDAD POSTINDUSTRIAL Y LAS NUEVAS OPORTUNIDADES GEOGRÁFICAS

Situados de nuevo en los años sesenta (y volviendo la vista atrás), se puede observar cómo la geografía había llegado hasta aquí adaptándose y sobreponiéndose a las condiciones hostiles de un contexto histórico en el que a la imperante especialización productiva y científica, que tendía a desgajarla, se añadía la lógica capitalista del beneficio (a corto plazo) y de la competitividad (frente a la compatibilidad), la ideología liberal que repudiaba la intervención pública y la fe ciega en la ciencia y la tecnología como garantes del desarrollo ilimitado²⁹. Todos ellos eran factores desfavorables para el cultivo de conocimientos cuya aplicación pudiese derivar en propuestas de control, limitación u ordenación en el uso de los recursos.

La geografía sobrevivió a esos escollos, aunque a un coste muy elevado desde el punto de vista de su propia coherencia científica: «[...] no había logrado construir un discurso aceptado por la generalidad de la comunidad geográfica. Permanecía sin claro estatuto científico, sin un campo de conocimiento diferenciado, sin haber fijado un objeto propio» (Ortega, 2000).

Pero la evolución del propio capitalismo industrial también había ido acumulando graves secuelas que, la-

²⁹ El apogeo del modelo desarrollista, sustentado en estos valores, puede fijarse precisamente en los años sesenta, cuando Walt Rostow (1960) mostraba la línea que, en cinco estadios y a imagen del Primer Mundo, debían seguir los países atrasados para alcanzar un desarrollo duradero mediante la especialización, el fomento del libre mercado, la industrialización y el avance tecnológico (olvidándose del colonialismo, el esclavismo, la explotación de la mano de obra y el expolio de los recursos, entre otros factores que también habían contribuido al desarrollo de los países del norte).

tentes con anterioridad, afloraban ahora de manera encadenada, más evidentes y preocupantes a cada momento, tanto de forma puntual como global. Y apenas esa herencia de la revolución industrial comenzaba a ser afrontada, ya se abría y perfilaba el nuevo horizonte de la globalización y de la tecnología digital³⁰. En cualquier caso, tanto aquellas secuelas como estas novedades han tenido una notable repercusión sobre la actividad de los geógrafos y sobre el derrotero reciente de la geografía académica y marcarán también, sin duda, su inmediato porvenir.

1. LAS SECUELAS SOCIONATURALES DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y EL ENFOQUE TRANSVERSAL DE LA GEOGRAFÍA

Tras la bomba de Hiroshima, la proliferación nuclear (civil y militar) y la guerra fría, la percepción de peligro, inseguridad y fragilidad planetaria alcanzó en la opinión pública mundial un umbral que no se había conocido con anterioridad. A los notorios efectos (muchas veces catastróficos) provocados sobre los suelos, los bosques, las aguas, la atmósfera y las poblaciones, comenzaron a añadirse estudios e informes que detallaban el alcance y el carácter transfronterizo de muchos impactos, señalaban su origen vinculado al modelo socioeconómico vigente (no solo en el occidente capitalista, sino también, paradójicamente, en el campo socialista) y alarmaban respecto a su insostenibilidad y a la necesidad de una urgente intervención coordinada en el plano internacional³¹.

Algunos temas ambientales de alcance global y constitución compleja comenzaron también a despuntar entonces, aunque su notoriedad ha seguido creciendo hasta la actualidad: la deforestación, el déficit energético, el agujero de la capa de ozono, la pérdida irreversible de biodiversidad y, por supuesto, el cambio climático (Turner, 1990).

³⁰ Los años sesenta del siglo xx se sitúan, por tanto, en un estadio de transición entre la tercera y la cuarta revolución industrial (si se sigue el esquema propuesto por Anderson, 1986) o entre la era industrial y postindustrial (según el planteamiento de Touraine, 1969).

³¹ Especial relevancia y difusión tuvieron algunos documentos e informes amparados por organismos internacionales como la ONU, la Unesco o la UICN: las recomendaciones de la Conferencia sobre la Biosfera de 1968 (que alumbró el famoso Programa MaB), el informe *Founex* de 1971, previo a la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Humano de 1972, la documentación de la Estrategia Mundial de la Conservación elaborada por la UICN, el PNUMA y el WWF y, especialmente, el informe *Nuestro futuro común* o *Informe Brundtland* (Comisión Mundial del Medio Ambiente y Desarrollo de la ONU), del que surgió el concepto de «desarrollo sustentable» entendido como «la posibilidad de satisfacer las necesidades actuales, sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades» (United Nations, 1987).

Lo mismo ocurría en el terreno social y económico, donde las desigualdades no dejaban de agrandarse a nivel mundial, provocando desplazamientos masivos de población, mientras los movimientos descolonizadores y las tensiones internacionales por el control de los recursos estratégicos derivaban en conflictos bélicos de marcado cariz imperialista. La guerra de Vietnam y la contestación social en todo el mundo (con el Mayo del 68 francés en primer lugar) señalan el momento álgido de la toma de conciencia frente a las secuelas del modelo desarrollista y expansionista.

Enraizándose en estas circunstancias tuvo lugar la rápida emergencia de la geografía radical y su consolidación durante los años setenta y ochenta en Estados Unidos y en Europa occidental³², proceso paralelo al que se conoció en las otras ciencias sociales y en el ambiente cultural en general.

Más allá de la crítica severa hacia el poder establecido y hacia las prácticas geográficas conservadoras del status quo (tanto las tradicionales como las más modernas), de la recuperación de las ideas marxistas o de la postulación de una geografía militante como instrumento para investigar y señalar fórmulas de transformación social (Peet, 1977), interesa destacar ahora (retornando a la cuestión de la especialización) la apuesta de la geografía radical por la integración científica como vía de acercamiento a la compleja problemática social y ambiental provocada por el sistema capitalista. En este sentido, S. Folke (1972) denunciaba que «si la clase gobernante está interesada sólo en verdades parciales y soluciones parciales, esto se lleva a cabo mejor dentro de un sistema de disciplinas de investigación muy fragmentadas y aisladas», al tiempo que proponía la utilización de un enfoque holístico para «afrontar los problemas en toda su complejidad».

Al fin, el reconocimiento de la complejidad socionatural de las grandes transformaciones en curso y la necesidad de su tratamiento científico integral, en tanto que sistema único (Adams, 1990), ha terminado por convertirse en una cuestión general de principios, más allá de la propia disciplina geográfica:

Han quedado atrás los días en que los científicos podían definir los problemas de la investigación del cambio mundial en términos de procesos de cambios físicos, atmosféricos o incluso biogeoquímicos.

³² Como principal vehículo de expresión y cohesión de los geógrafos radicales surgieron, respectivamente en 1969 en Estados Unidos y en 1976 en Francia, las revistas *Antipode* (*A Radical Journal of Geography*, editada inicialmente por Richard Peet) y *Hérodote* (*Revue de Géographie et de Géopolitique*, a iniciativa de Yves Lacoste). Ambas continúan siendo en la actualidad importantes referentes del pensamiento y la geografía crítica a nivel internacional.

nicos. Hoy día la comunidad científica reconoce el papel central que desempeñan las fuerzas antropogénicas [...]. Por este motivo, si se quiere que la comunidad científica y los responsables de políticas nacionales e internacionales entiendan los cambios que se están operando en el medio ambiente mundial, la investigación debe centrarse en las dimensiones tanto humanas como naturales del problema. (Balstad, 1991)

Nunca se ha hablado tanto de interdisciplinariedad³³ como en las últimas décadas del siglo xx y ello obedece, sin duda, a una nueva sensibilidad académica, científica, social e institucional que, de alguna manera, confronta con la tradición de la especialización disciplinar y comienza a reconocer el valor y la aportación de las actitudes transversales, y entre ellas, naturalmente, la de la propia geografía (Toro, 2007).

También se puede observar cómo desde diversas disciplinas, y en estrecha relación con el auge de la problemática ambiental, se produce un giro reorientado hacia esa perspectiva (Hernández del Águila, 2002). Y en la propia geografía, donde lo físico y lo humano nunca habían dejado de convivir (aunque a veces sólo formalmente), han comenzado a aflorar definiciones en las que el hecho de la relación entre sociedad y naturaleza aparece de una forma más explícita y visible, como pretendiendo reivindicar y reforzar el papel transdisciplinar³⁴. No obstante, y paradójicamente, ha sido un filósofo y sociólogo, Edgar Morin, quien ha expresado con mayor nitidez y generosidad el importante papel que la nueva realidad global abría para la geografía:

El desarrollo de las ciencias de la Tierra y de la ecología revitaliza a la geografía, ciencia compleja por principio, en la medida en que concierne a la física terrestre, a la biosfera y a las implantaciones humanas. Marginada por las disciplinas triunfantes, privada de pensamiento organizador, recupera sus perspectivas multidimensionales, complejas y globalizantes. (Morin, 1999)

Y, en efecto, atraídos por la llamada interdisciplinar e impulsados por su tradicional vocación sacionatural e integradora, muchos geógrafos han comenzado a trabajar en los grandes temas globales, desde el propio campo geográfico o en colaboración con otros especialistas (Baerwald, 2010). Los frutos, sin embargo, están limita-

dos por las carencias congénitas de la geografía general (con su propia dispersión interior y el uso de metodologías muy dispares), así como quizá también, como señala Joan Tort (2004), «por el miedo a continuar asumiendo el papel de ciencia compleja».

Pero lo que hasta aquí se refleja concierne sólo a dos de las características de los grandes problemas actuales: su dimensión global y su configuración sacionatural. Hay, sin embargo, una tercera cualidad de particular trascendencia para la geografía: se trata del componente espacial de los problemas y, más específicamente, de su engranaje en distintas escalas, desde la global hasta la local. Los problemas globales son el resultado de la agregación o acumulación de fenómenos puntuales y éstos se ven condicionados, a su vez, por la resonancia que provocan los sistemas globales (la cuestión del cambio climático encaja perfectamente en esta consideración), de manera que «los vínculos entre los sistemas socioecológicos globales y locales son bidireccionales» (Gallopín, 1991).

Entre la escala global y la local se encuentra precisamente la escala regional, situada en una posición de excepcional valor relacional entre el conjunto de los niveles de la organización espacial. A esa escala la geografía ha dedicado tradicionalmente una especial atención, reservando específicamente para su tratamiento (aunque con las carencias ya anotadas) su principal arsenal metodológico: el enfoque transversal y sintético y su aplicación paisajística.

Debido a la disponibilidad del abundante legado de información geográfica (más o menos actualizado) referido a las regiones concretas y a la especial habilidad sintética demostrada en este campo, la perspectiva geográfica está conociendo una indudable revalorización y sus aportaciones comienzan, por fin, a mostrar una utilidad cuyo alcance se extiende mucho más allá de la mera transmisión de conocimientos escolares, para entrar de lleno en los retos que la actualidad plantea en el ámbito regional y en el conjunto de las escalas territoriales:

También en el plano regional (además del global) algunas de las principales preocupaciones actuales tienen un claro matiz sacionatural y territorial: la expansión urbana sobre los dominios rural y natural, la descentralización de funciones y actividades, el incremento de la movilidad y sus secuelas, la concurrencia de expectativas y usos diversos sobre recursos y espacios cada vez más escasos y sensibles, la búsqueda de compatibilidades y sinergias entre la conservación del patrimonio y las estrategias de desarrollo, etc.

Todos estos fenómenos y otros similares, globales, regionales o locales, de innegable trascendencia actual y futura, requieren como denominador común un acercamiento, explicación y tratamiento en los que, además de la aportación temática, especializada

³³ Y de otros conceptos relacionados como polidisciplinariedad, multidisciplinariedad o transdisciplinariedad, que evocan una idea de intercambio y colaboración entre disciplinas diferentes para afrontar el conocimiento de problemas de común interés (Morin, 1999).

³⁴ Por ejemplo, en la definición que aportan G. L. Gaile y C. J. Willmott (2003) en la que caracterizan a la geografía como una «ciencia que estudia la dinámica y la interacción entre la sociedad y el medio ambiente».

o multidisciplinar, es más necesario que nunca el concurso sintético y transversal propio de la perspectiva geográfica, así como un mayor acento en la vertiente práctica que, a través de la ordenación, contribuya a mitigar los problemas ambientales y sociales derivados de la compleja dinámica territorial y a armonizar los objetivos de conservación y desarrollo. (Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo, 2009)³⁵

A diferencia de lo acontecido durante la revolución industrial, cuando las ciudades succionaban funciones y población, el nuevo panorama se caracteriza por la dinámica centrífuga, que, desde los centros urbanos, despliega sobre el territorio circundante múltiples funciones e infraestructuras, mientras que la acelerada y generalizada movilidad humana y el incremento de las actividades relacionadas con el turismo y el ocio impulsan también a la población a redescubrir, usar y ocupar (de manera permanente u ocasional, densa o difusa) aquel medio agronatural del que sus generaciones predecesoras habían sido arrojadas. Se produce así un cierto reencontro entre la naturaleza y la sociedad, aunque en unas circunstancias marcadas ahora por la huella que los impactos de la explotación intensiva y desordenada de los recursos ha dejado sobre el medio y, especialmente, por los nuevos problemas que surgen de la incompatibilidad entre las distintas (y cada vez más variadas) posibilidades de uso (incluida la conservación) de dichos recursos.

De esta dialéctica se deriva, en gran medida, la nueva complejidad territorial en la escala regional, fuente de constantes tensiones económicas, sociales y culturales, pero también de grandes oportunidades para el trabajo geográfico, tanto en la vertiente teórica como en la aplicada.

2. EL IMPULSO INSTITUCIONAL Y LA NUEVA ORIENTACIÓN APLICADA DE LA GEOGRAFÍA

En 1969, año de plena efervescencia en las reivindicaciones ecologistas, se promulgó en Estados Unidos la NEPA (National Environmental Policy Act), ley que abrió el camino para la puesta en práctica de las evaluaciones de impacto ambiental y cuyo procedimiento se incorporó ampliamente, con posterioridad, a la normativa de la

³⁵ Así queda reflejado en la Justificación del Grado en Geografía y Ordenación del Territorio de la Universidad de Oviedo. Esta reflexión ha sido reproducida literalmente, con posterioridad (aunque sin citar su origen), en las memorias de justificación para títulos de grado y de máster de otras universidades españolas, lo que enorgullece a sus originales redactores.

Unión Europea³⁶. Se trata de un hito importante en lo que se refiere al arraigo institucional y la intervención coordinada en materia medioambiental, al tiempo que reúne los ingredientes básicos anteriormente resaltados desde la perspectiva del interés geográfico: problemática siconatural, análisis interdisciplinar, actuación local o puntual desde un planteamiento metodológico y una finalidad global, etc. No debe extrañar que a principios del nuevo siglo, apenas adaptada la directiva comunitaria sobre evaluación de impacto ambiental a la legislación española, la participación en «auditorías y estudios de impacto ambiental» apareciera ya como una de las principales orientaciones profesionales de los geógrafos españoles y como la primera dentro del campo ambiental (Mongil y Tarroja, 2004).

No menos significativo resulta que, tras esa línea de trabajo, se sitúe (en referencia, una vez más, a la temática ambiental) la de «ordenación y gestión de los espacios de interés natural», cuya eclosión ha sido fulgurante en las últimas décadas³⁷ y cuya sintonía con la perspectiva metodológica y el quehacer geográfico es bastante obvia, tanto en el plano sintético como en el espacial:

La metodología sintética propia de la geografía y su posición intermedia entre el conocimiento de la naturaleza y de la sociedad puede facilitar una mejor comprensión y tratamiento de algunos de los principales problemas que se plantean en la áreas protegidas, ya que casi siempre son problemas de coexistencia, compatibilidad o sinergia entre la conservación del medio y las actividades humanas. Por otra parte, esos problemas generalmente se plantean y se resuelven en el plano territorial, recurriéndose para ello, entre otras medidas, a una adecuada zonificación, es decir, recurriendo al que tradicionalmente ha sido el segundo pilar metodológico de la geografía junto con la perspectiva sintética: la perspectiva espacial. (Maurín, 2008)

También a caballo entre la actividad humana y la dinámica natural, la generalización de los estudios sobre sostenibilidad desarrollados a partir de los años noventa en el marco de las llamadas «Agendas 21» ha permitido

³⁶ La primera directiva de la Unión Europea «relativa a la evaluación de las repercusiones de determinados proyectos públicos y privados sobre el medio ambiente» se aprobó en 1985, y conoció una amplia reformulación en 1997. En 2001 se aprobó, en paralelo, otra directiva «relativa a la evaluación de los efectos de determinados planes y programas en el medio ambiente» que extendió el procedimiento de evaluación a los propios instrumentos de planificación territorial y sectorial. Todas estas directivas se traspusieron con bastante retraso a la legislación española.

³⁷ Desde la declaración del Parque Nacional de Yellowstone de 1873 el número de áreas protegidas en el mundo se fue incrementando paulatinamente, hasta contarse algunos miles a mediados del siglo xx. Desde los años sesenta, sin embargo, la cifra se ha multiplicado por diez, superándose las cien mil declaraciones en el cambio de siglo (ucn, 2007).

amplificar desde el ámbito institucional, regional y local el eco de las preocupaciones socioambientales, al tiempo que ha servido a muchos geógrafos como plataforma social y laboral³⁸.

Igualmente desde estos escenarios de proximidad, y en una vertiente más socioeconómica (aunque siempre bajo la consideración de los recursos naturales como factor de desarrollo), se ha ido abriendo para los geógrafos el amplio campo del llamado «desarrollo local» (rural y urbano) y de la planificación estratégica, con múltiples ramificaciones más específicas, como la gestión de servicios públicos, el geomarketing, los estudios de localización y sociodemográficos o el desarrollo turístico³⁹.

En fin, el abanico temático de atención geográfica, ya tradicionalmente muy amplio, ha seguido expandiéndose al calor de las nuevas demandas sociales e institucionales (públicas y privadas), y de la problemática que aflora a través de los poros del sistema. Y en este contexto, la competencia de los geógrafos, titulados y profesionales, para el trabajo interdisciplinar y la gestión de problemas complejos, así como la diversidad y versatilidad que les proporciona su formación académica, ha sido frecuentemente resaltada, tanto para explicar el hecho de su evidente diseminación laboral como para exaltar su aptitud y sus destrezas, llamando la atención de los potenciales empleadores e intentando, al tiempo, seducir y atraer a los estudiantes indecisos. Así refleja esta realidad, en el caso español, el Libro Blanco del Título de Grado en Geografía y Ordenación del Territorio, en el que se recogen hasta medio centenar de orientaciones profesionales para los geógrafos:

Los perfiles profesionales propuestos reflejan la polivalencia de los geógrafos, en diversos ámbitos laborales. Se muestra al geógrafo como un profesional ampliamente capacitado para des-

³⁸ De la información que aportan Mongil y Tarroja (2004) sobre la profesionalización de la geografía española llama la atención el contraste entre estas líneas emergentes y la escasa proyección, fuera del ámbito académico, de otros temas geográficos más clásicos. Así, mientras los geógrafos que declaran dedicar su actividad laboral a las tres líneas reseñadas (evaluaciones de impacto, espacios naturales protegidos y Agendas 21) suponen un 50 % de quienes se ocupan en los temas ambientales, no alcanzan el 1 % quienes trabajan en materias exclusivamente hidrológicas o geomorfológicas, de lo que se deduce que estas últimas sólo adquieren interés y proyección socioinstitucional cuando se incorporan en estudios de mayor complejidad y transversalidad.

³⁹ Ampliando aún el abanico temático y ocupacional, Alan Robson (2001) señala que «en el cambio de siglo, un geógrafo [inglés] especializado en planificación podía orientar su carrera profesional no sólo hacia la planificación local, sino también hacia otros campos como la gestión del transporte, el desarrollo económico, el análisis de los centros urbanos y del comercio, el desarrollo comunitario, la política de gestión medioambiental, la gestión del patrimonio, la gestión del ocio, la gestión de los recursos naturales, la planificación rural y la gestión turística».

empeñar su labor en múltiples cuestiones, al que se demanda una formación de base rigurosa, flexible, transversal y con conexiones interdisciplinarias, y adaptable a las diferentes demandas en temáticas territoriales que le llegan desde el mercado laboral. Los nuevos campos de inserción laboral de los geógrafos expresan que estos profesionales no se encuentran limitados a unas pocas líneas clásicas de trabajo, sino que se han ido adaptando a un contexto laboral global, dinámico y cambiante, como queda reflejado en las cincuenta orientaciones ocupacionales que se han presentado. (Tulla, 2004)

Si la existencia de problemas socionaturales y espaciales relevantes y la adecuación del perfil geográfico para su afrontamiento son dos factores confluyentes y favorecedores de la revitalización y el protagonismo de la geografía, faltaba un tercer eslabón que, proporcionado por la revolución tecnológica en curso, surgiría como el instrumento oportuno para la «conexión entre las tecnologías de la información y la comunicación y el saber geográfico» (Capel, 2010): las técnicas y sistemas de información geográfica⁴⁰.

La irrupción y rápida generalización de las nuevas tecnologías geográficas ha tenido efectos muy notables tanto en la proyección externa como en la articulación interna de la geografía oficial.

Por lo que se refiere a la proyección externa, sólo la utilización reiterada del término «geográfico» asociado a dichas tecnologías⁴¹ proporciona una visibilidad, difusión y sugestiva connotación que modifica sustancialmente la que pocas décadas atrás transmitía la «vieja disciplina». Y aunque, también en este caso, hablamos de herramientas de uso común y acelerado desarrollo en múltiples campos del conocimiento, la planificación y la gestión, todos los datos muestran una sustancial presencia de los geógrafos entre el conjunto de los profesionales especializados en el uso y la investigación en estas materias (Bosque y Chuvieco, 2004) que, en España, han pasado a proporcionar empleo a una cuarta parte de los licenciados o graduados en geografía (Tulla, 2004).

⁴⁰ El propio Horacio Capel (2010) puntualiza, no obstante, que el «saber geográfico debe ser entendido en un sentido muy amplio: «[...] no es sólo el del mundo académico, ni mucho menos el producido por la comunidad científica de los geógrafos, sino todo el saber que se relaciona con los mapas, la superficie terrestre y la localización de los lugares en ella».

⁴¹ Una de las definiciones más extendidas de los SIG, la que recoge la famosa enciclopedia *Wikipedia*, recoge en cuatro líneas hasta cinco veces el término «geográfico»: «Un sistema de información geográfica (SIG o GIS, en su acrónimo inglés *geographic information system*) es una integración organizada de *hardware*, *software* y datos geográficos diseñada para capturar, almacenar, manipular, analizar y desplegar en todas sus formas la información geográficamente referenciada con el fin de resolver problemas complejos de planificación y gestión geográfica».

En el plano interno, y en una perspectiva más cualitativa, la asunción natural y la utilización sistemática de los SIG está permitiendo a la geografía recuperar el control sobre todas las fases de la elaboración cartográfica (desde la captura de la información hasta el diseño, el análisis y la representación) e incrementar su capacidad de desarrollo autónomo, muy limitada en este campo con anterioridad.

Como consecuencia de todo ello, ha tenido lugar una redistribución del peso de las diferentes ramas y grupos de trabajo dentro de las asociaciones profesionales de geógrafos, siempre con un destacado crecimiento de los SIG (Monk, 2001), y lo mismo ha ocurrido en la programación académica, donde la presencia, generalmente discreta, de asignaturas de cartografía básica o temática, ha dejado paso a la emergencia y consolidación de los SIG, la fotointerpretación, la teledetección, etc. En no pocos casos (especialmente en el nivel de máster o postgrado) las nuevas tecnologías geográficas se han erigido en la principal rama de especialización de la geografía universitaria..., casi a la par con la ordenación del territorio.

Porque, en efecto, a la ordenación del territorio le corresponde un lugar especial entre el conjunto de las nuevas tendencias y prácticas geográficas, y ello hasta el punto de haber sido capaz de redefinir el propio objeto de estudio de la geografía, pues como señala Zoido Naranjo (1998), uno de los primeros geógrafos españoles en adentrarse con reconocimiento y autoridad en el nuevo universo de la ordenación territorial, «ambas prácticas [la geografía y la ordenación del territorio] se ocupan del mismo objeto: el espacio geográfico real, acotado a la condición de territorio».

La progresiva identificación entre espacio geográfico y territorio es, sin duda, una de las más importantes novedades de las últimas décadas en el plano de la epistemología geográfica, y no ha surgido precisamente del debate teórico, sino que, una vez más (y validando los planteamientos de Marx⁴²), ha sido la necesidad de ajustar los conceptos a la práctica real la que, de forma natural y silenciosa, ha ido remodelando los paradigmas previamente establecidos.

Como vehículo para la aplicación confluyente de conocimientos científicos y objetivos políticos y socioeconómicos, la ordenación del territorio, lo mismo que las otras prácticas ya citadas, emerge como una «necesidad

derivada de la existencia de externalidades que manifiestan las limitaciones e insuficiencias de los mecanismos de mercado para alcanzar los objetivos de un desarrollo territorialmente equilibrado y socialmente justo» (Troitiño, 2008), al tiempo que desborda el ámbito más limitado del planeamiento urbanístico practicado en la segunda mitad del siglo XX, muy escorado temáticamente y bastante desconsiderado con respecto al factor natural⁴³. Frente a ello, la ordenación del territorio busca expresamente «el establecimiento de una armoniosa relación entre el sistema ecológico y el de los asentamientos» (Roccatagliata, 1994) y también, en este sentido, favorece la perspectiva geográfica frente a los sesgos de carácter más sectorial.

La preeminencia de la ordenación del territorio respecto a los otros apéndices de aplicación del conocimiento geográfico se justifica igualmente por su carácter integrador, al operar frecuentemente otras herramientas de carácter parcial en su propio seno (como las evaluaciones de impacto, el desarrollo rural o la misma planificación urbanística) y por su articulación «en cascada», que facilita la conjunción de los objetivos y actuaciones en diversas escalas y la participación, más o menos coordinada y aditiva, de múltiples instituciones con competencias sobre el territorio, por ejemplo, desde la Unión Europea hasta la administración local (Pillet, 2008). Pero también, y especialmente, por el propio impulso de esas instituciones que, en muchos países, han otorgado a la ordenación territorial una cobertura oficial y la han convertido en práctica generalizada y obligada⁴⁴.

En esas circunstancias la actividad geográfica se ha ido reorientando en un sentido cada vez más práctico; una reorientación que entronca con los pasos incompletos que se ya se habían ido dando tras la segunda guerra mundial, cuando comenzaron a surgir propuestas y denominaciones como las de la *applied geography* (Stamp, 1960), la *géographie active* (George, 1964), la *géographie volontaire* (Labasse, 1973) o la *géographie applicable* (Beaujeu-Garnier, 1971; Tricart, 1978). Incluso se ha planteado el carácter aplicado de la geografía y su vinculación a la ordenación territorial como parte sustancial

⁴² «No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia» (Marx, 1859).

⁴³ «La ordenación del territorio es mucho más que urbanismo, o al menos lo es conceptualmente, y no consiste, por tanto, en sucesivas ampliaciones de la escala de planificación, tales como la escala de ciudad, la escala de metrópoli, la escala regional, y la escala continental, sino la consideración simultánea de todo lo que se encuentra dentro de un ámbito territorial» (Juaristi, 2009).

⁴⁴ Aunque, como práctica diferenciada y a escalas supralocales, la ordenación del territorio aparece en la primera mitad del siglo XX, tanto en Europa como en Estados Unidos, no será hasta los años sesenta cuando arrige y se expanda de manera continua y generalizada (Zoido, 1998).

de su genética original: «Desde sus mismos orígenes, la geografía aparece como una ciencia aplicada. En todas las épocas ha prestado a la humanidad una doble función: por un lado, incrementar su dominio a través de las exploraciones y, por otro lado, ayudar a los responsables y a los políticos a decidir como ha de ser la ordenación del territorio» (Broggio y Phlipponneau, 2001).

3. LA PROFESIONALIZACIÓN Y SU COSTE IDEOLÓGICO

Ya se ha hablado más arriba de la existencia en el seno de la comunidad geográfica de un proceso silencioso, o con escaso debate explícito, a través del cual el cuerpo conceptual y orgánico de la disciplina se ha ido ajustando a la nueva realidad contextual. Una realidad en la que, al menos desde los años setenta, la «geografía de la enseñanza» ha ido cediendo protagonismo a la «geografía aplicada y profesional», lo que ha ocurrido en función de la demanda creciente de organismos públicos o privados (Beaujeau-Garnier, 1975; Claval, 1998), pero también en medio de una fuerte competitividad gremial.

En efecto, aunque se hayan venido destacando las cualidades y la versatilidad de los geógrafos para acceder a una amplia gama de profesiones, lo cierto es que casi siempre las ofertas se dirigen a un espectro mucho más amplio de especialistas vinculados a las denominadas «ciencias territoriales» (Almeida, 2004), en muchos casos con una formación, un prestigio y un arraigo corporativo superior (arquitectos, ingenieros, economistas, etc.). La fuerte competencia conlleva la necesidad de ampliar o complementar los currículum con nuevos cursos y especialidades, para adecuarse a cada oferta específica, lo cual, si bien comporta una mejora formativa adicional, supone también un progresivo distanciamiento del núcleo geográfico original, tendiendo éste a diluirse a favor de actividades a veces muy alejadas de las cotidianas preguntas y preocupaciones de la geografía universitaria (Clark y Higgitt, 1997).

Y si el pragmatismo dirige los pasos de quienes, a partir de una formación geográfica básica, han de adentrarse en el ejercicio profesional, otro tanto ocurre con los que desde posiciones de mayor preeminencia y responsabilidad (las asociaciones y colegios profesionales o las mismas instancias de gestión académica) se esfuerzan por adaptar la oferta formativa a las exigencias del mercado; esfuerzo difícilmente eludible y del que quizá depende la propia supervivencia de la disciplina, pero que, en cualquier caso, conlleva importantes consecuencias, reajustes de prioridades y desequilibrios en el orden

interno, desde la limitación de las enseñanzas básicas frente a las instrumentales hasta la desatención de la reflexión epistemológica a favor de los estudios sobre las «habilidades» o la «inserción laboral de los egresados» (algunos de los cuales ya se han citado aquí).

En esta misma línea, pero con un calado mucho más profundo, puede interpretarse el efecto producido por el acceso de muchos geógrafos, de la mano de la ordenación del territorio u otras actividades conexas, al ámbito (público o privado) de la gestión, del asesoramiento o de la representación política, especialmente en las esferas local y regional⁴⁵. En este caso, al hecho de la profesionalización se añade el de la institucionalización y el de la asunción y traslado de principios, objetivos y valores de indudable trasfondo ideológico desde la esfera del poder político al pensamiento geográfico (más que al revés).

Peet y Thrift (1989) ya habían identificado en los ochenta el profesionalismo y la incorporación al *stabilishment* de geógrafos, antes comprometidos con las causas sociales, como uno de los factores determinantes en el declive de la geografía radical y otras formas de contestación intelectual; ese proceso ha seguido su curso, siempre desde la asunción de la lógica del capital y del mercado como marco de pensamiento y de praxis incuestionable, siempre evitando la confrontación con el sistema y con sus piezas fundamentales, siempre evitando el lenguaje sencillo y transparente y generando «nuevos y desorientadores nombres para sustituir a los antiguos

⁴⁵ En España el acceso de los geógrafos a los alcañones del poder, especialmente en los nuevos ayuntamientos y comunidades autónomas, ha coincidido con la inauguración del nuevo ciclo político tras el final del periodo franquista. Como señala Rubén C. Lois (2009), «la consolidación del régimen democrático se ha acompañado de otra novedad que todavía no ha sido suficientemente analizada por todos nosotros: la presencia notable de geógrafos en tareas de gestión y representación política. Sin duda, y a falta de realizar un recuento preciso, bastantes titulados en geografía que defienden públicamente su condición han sido elegidos concejales, alcaldes, diputados (provinciales, autonómicos y estatales) o han sido nombrados consejeros, secretarios de estado y generales, y directores generales». Este autor obtiene conclusiones positivas de la anterior apreciación en tanto «permite verificar en la práctica la utilidad de nuestros conocimientos en campos tan diversos como la ordenación territorial, las infraestructuras, el turismo, el paisaje, el desarrollo rural y el urbanismo» y se traduce «en un nivel de notoriedad pública y directiva en el sector público superior al que se podría suponer de una comunidad científica todavía pequeña». Conviene matizar, en cualquier caso, que el mismo año en que esto se publicaba, España alcanzaba los niveles más elevados de destrucción paisajística, desorden territorial y corrupción urbanística que se hayan podido registrar en su historia (Jerez y otros, 2012) y se hacía público el informe *Auken* de la Unión Europea, en el que se denunciaba la irresponsabilidad de todas las administraciones, desde la local a la central (incluyendo a sus responsables técnicos, entre ellos no pocos geógrafos) en cuanto a la aplicación de las normas urbanísticas y medioambientales y a la implantación de un modelo devastador de los bienes territoriales, con su estela de corrupción económica y política.

conceptos» (Harvey, 1972), tan ambiguos y novedosos que pronto se desgastan y han de ser sustituidos por otros aún más modernos (la «excelencia», la «gobernanza», la «resiliencia», la «endogeneidad», el «liderazgo», la «emprendería»... tienen ya los días contados). Es la también siempre actualizada ideología del statu quo.

4. LA GLOBALIZACIÓN Y LA GEOGRAFÍA

Si hay un fenómeno (y un concepto) hacia el que, en mayor medida que cualquier otro, se han vuelto, en las últimas décadas, las miradas de la filosofía de la ciencia es el de la globalización. Estimulada por la expansión del capital⁴⁶ (que se aceleró tras el hundimiento de los países del Este) y por la revolución tecnológica, la globalización ha pasado a situarse en el centro del debate sociopolítico y cultural actual.

Hoy en día, cada cual trata de observar cómo la globalización afecta a su campo científico y cómo éste reacciona y evoluciona bajo esa influencia inexorable. De lo que se trata, en el fondo, es de encontrar y descifrar, en el espejo de la globalización, las claves que permitan comprender el presente y asomarse al futuro de cada esfera de conocimiento; y todo ello con la finalidad de poder adelantarse y adaptarse a las consecuencias previsibles. Así ocurre también con la geografía y las ciencias con interés territorial, pues el marcado componente espacial de la globalización hace presuponer que su afección, en este caso, ha de ser determinante: «[...] siendo la geografía y el territorio una pareja carnal, aunque no imágenes especulares, hay que referirse obligadamente a uno y a otra, tratando de aclarar el efecto de la globalización sobre ellos» (Boisier, 2003).

Respecto al efecto que la globalización está teniendo, o pueda tener en el futuro próximo, sobre el territorio y sobre la geografía (como saber anclado al territorio o como «su pareja carnal») se han venido planteando múltiples cuestiones, unas complementarias entre sí y otras contradictorias. La más manida es una pregunta respecto a si el efecto de la globalización es devaluador o, por el contrario, revalorizador del hecho territorial y, por ello, de su interés como objeto de estudio.

Algunos especialistas, como Samir Amin, Santos, Henderson o Castells, hacen hincapié en que la mundia-

lización económica, con el gran poder decisorio que han alcanzado las grandes corporaciones multinacionales, resta gradualmente soberanía real y capacidad de autoconformación territorial a países, regiones y localidades. En paralelo, la expansión de la red cibernética global dobla la fricción espacial al movimiento y proporciona fluidez casi instantánea a la información y al capital, imponiendo un proceso general de uniformización y aniquilando, en definitiva, una de las principales señas de la identidad socioterritorial: el carácter único y diferenciado de cada territorio y, por lo tanto, la diversidad entre los diferentes territorios⁴⁷. Para Manuel Castells (1997), ese proceso desembocaría en una progresiva sustitución (en cuanto a su importancia real) del tradicional «espacio de los lugares» por el nuevo «espacio de los flujos»: «La tendencia dominante apunta hacia un horizonte de un espacio de flujos interconectado y ahistórico, que pretende imponer su lógica sobre lugares dispersos y segmentados, cada vez menos relacionados entre sí y cada vez menos capaces de compartir códigos culturales».

En el apartado de los flujos debe incluirse también el incremento de la movilidad humana, especialmente las migraciones y los viajes relacionados con el ocio y el turismo; ambos tipos de intercambios, en niveles muy elevados, pueden contribuir también a reforzar el desarraigo territorial de las poblaciones y a generar en forma creciente, especialmente en el caso de los espacios de ocio estandarizados, «paisajes desanclados del territorio», o «morfologías de atmósferas y ambientes paradójicamente sin temporalidad ni espacialidad reales, sino simuladas, replicadas o simplemente clonadas» (Muñoz, 2007). Y, por otra parte, la tendencia homogeneizadora del sustrato artificial de los territorios terminaría por unificar también en otros múltiples aspectos a la propia especie humana, algo que ya advertía Paul Lafargue (1884) en el siglo XIX: «Los medios naturales diferentes tienden a diversificar a los hombres lo mismo que a las plantas y a los animales [...]. Los medios artificiales parecidos tienden a unificar a la especie humana que los medios naturales diferentes han diversificado en razas y variedades».

⁴⁶ Para el geógrafo Erik Swyngedouw (2004), especialista en el fenómeno de la globalización capitalista, ésta debe remontarse al menos a 1492, alcanzando ya a finales del siglo XIX y principios del XX, en algunos aspectos, una relevancia incluso superior a la que conoce en la actualidad.

⁴⁷ Milton Santos (2000), muy interesado en el papel de la tecnología, considera que ésta, al servicio del sistema de globalización capitalista, tiene una función esencial no sólo como generadora y distribuidora de producción y riqueza a nivel mundial, sino también como usurpadora de la soberanía territorial en todos los órdenes: «En su versión contemporánea, la tecnología se ha puesto al servicio de una producción a escala planetaria, donde ni los límites de los estados, ni los de los recursos, ni los de los derechos humanos son tenidos en cuenta. Nada se considera, excepto la búsqueda desenfrenada del beneficio, allí donde se encuentren los elementos capaces de permitirlo».

Desde una posición más complaciente se minimizan los efectos de la globalización⁴⁸ y se interpretan como favorecedores del protagonismo local, de la valorización de los factores y potenciales endógenos, de la competitividad entre los lugares por innovar y atraer inversiones, del surgimiento de dinámicos *clusters* o asociaciones locales y, en definitiva, de la oportunidad que ello abre, entre otras vertientes geográficas, a la orientada hacia la ordenación y el desarrollo local (Krugman, 1991; Scott y Storper, 2003; Boissier, 2005). Incluso, en una óptica antropológica y cultural, se ensalza el surgimiento de formas de neolocalismo compatibles o combinadas con la pertenencia a colectividades sociales de carácter no necesariamente territorial (grupos religiosos, movimientos colectivos, etc.) (Giménez, 1996).

Desde luego, debe admitirse que la proliferación de grupos de consumo ecológico local o el éxito de los supermercados étnicos, entre otros ejemplos de la revitalización local, son hechos de franca actualidad en el apartado comercial, e incluso que un fenómeno espacial tan estrechamente vinculado a la globalización económica como es el de la deslocalización industrial no resta importancia a las peculiaridades locales, sino que las considera con absoluto interés (aunque se trate fundamentalmente de comparar y aprovechar las diferencias en los costes laborales, fiscales, sociales o ambientales para la elección locativa).

Más allá de los planteamientos dicotómicos⁴⁹, se han ido abriendo camino las posturas armonizadoras o integradoras de ambos órdenes, el global y el local, hasta el punto de llegar a generar un nuevo concepto en forma de acrónimo, la «glocalización», que trata de combinar homogeneidad con heterogeneidad y universalismo con

⁴⁸ Al tiempo que caracteriza al hombre como un «animal territorial», Boissier (2003) argumenta que «la enorme mayoría de la población del planeta ve transcurrir su vida o gran parte de ella, en un muy reducido entorno territorial, que probablemente puede ser descrito por un círculo con un radio menor a 100 km. Se trata de un «entorno cotidiano»: allí se nace, se crece, se forma familia, se busca ocupación, se demandan servicios y probablemente se es enterrado allí mismo». O este autor no estaba muy convencido de su propio argumento o la globalización avanzaba muy rápidamente a principios de esta centuria, pues el propio Boissier, sólo dos años después, rescataba el mismo planteamiento multiplicando por cinco aquel radio territorial: «[...] bastaría hacer una pequeña investigación empírica para mostrar que la abrumadora mayoría de la gente hace uso de su tiempo de vida en un espacio geográfico que, imaginariamente, no supera un radio de 500 kilómetros. Allí vive, forma familia, trabaja, obtiene educación y salud, allí se recrea, y generalmente termina por ser enterrado en ese mismo espacio, que es el territorio de la cotidianidad» (Boissier, 2005).

⁴⁹ En una línea crítica y de radical polarización, Benjamín Barber (1995) resalta, ya en los años noventa, la enérgica confrontación y mutua realimentación que se estaba produciendo entre las fuerzas de la globalización (que de manera ejemplificadora denominaba «McWorld») y el resistencialismo local o tribal (que simplificaba como «Jihad»).

particularismo (Roberston, 2000), una perspectiva que, si se aplicase a la propia geografía académica, facilitaría la definitiva ruptura con el lastre de la heredada división entre la rama general y la regional. Más aún considerando las relaciones entre esos diferentes órdenes como una estructura en escala con múltiples niveles intermedios y dinámicas imbricadas (Swyngedouw, 2004; Pillet, 2008), lo que además abriría para la geografía un gran campo de exploración y nuevas posibilidades de reestructuración interna.

También interesa, por último, retener la idea central, profundamente dialéctica, descarnada y radical (como no podía ser de otra manera) de Harvey (2000) sobre esta cuestión, cuando muestra la permanente contradicción del capitalismo globalizador, «necesitado de construir un paisaje geográfico a su propia imagen en un cierto punto del tiempo sólo para tener que destruirlo después para acomodar su propia dinámica de acumulación interminable»; destrucción que, por otra parte (y de aquí la importancia de lo local) resulta cada vez más difícil de llevar a efecto debido a la cristalización y la inercia de las estructuras previamente construidas, y especialmente del capital fijo. Así, la dinámica espacial del capital consistiría en un constante «proceso de territorialización, desterritorialización y reterritorialización» (Harvey, 2003) de extraordinario interés geográfico.

Cabe concluir, en todo caso, que el fenómeno de globalización, su despliegue y resonancia escalar y sus contradicciones inherentes habrán de situarse en el centro de las preocupaciones territoriales del nuevo siglo (Taylor, Watts y Johnston, 2002) y marcarán, sin duda, el camino a recorrer y las líneas de investigación de la disciplina geográfica, tanto si se trata de observar la «geografía en la globalización» como la «geografía de la globalización» o incluso «la geografía a favor o contra la globalización» (Faulconbridge y Beaverstock, 2008).

V. LOS RETOS PENDIENTES

A principios del siglo XXI la geografía aparece situada en un escenario bastante diferente del que conociera medio siglo atrás, cuando, en el plano exterior, se impugnaba su estatus científico y se la marginaba en el reparto de los proyectos importantes y de los frentes de acción, mientras que, internamente, maniobraba para mantener su presencia institucional (casi exclusivamente en el ámbito docente) y minimizar los movimientos centrífugos que cuestionaban su unidad. Por el contrario, desde de entonces, la geografía ha conseguido unificar más los

discursos y abrir huecos y caminos que, si no la han llevado al primer plano de la vanguardia científica, le han permitido, al menos, asomarse y dejarse ver tanto en los ámbitos académicos como en los profesionales (antes vetados) en los que se afrontan los temas socioterritoriales de mayor actualidad e interés, y especialmente en el vasto y fecundo campo de la ordenación territorial, a diferentes escalas.

Para ello se han ido dando una serie de pasos que se sustentaron en las nuevas oportunidades teóricas, tecnológicas y prácticas que iban surgiendo en el propio contexto histórico de la postindustrialización, al tiempo que se valorizaban los elementos más provechosos del propio patrimonio metodológico (la perspectiva transversal, espacial y escalar) y se corregían ciertos desajustes de objeto mediante el enfoque territorial. Ya queda dicho que todo ello, sin embargo, no obedece al despliegue de una estrategia articulada e intencionada, y mucho menos explicitada, sino que, como sintetiza el título de este trabajo, se trata de un proceso más simple de adaptación táctica, tentativa y silenciosa, al margen de profundos debates epistemológicos (que no han vuelto a resurgir desde los años ochenta) y sin otro objetivo que el de la supervivencia, primero, y la ampliación y afianzamiento del propio campo científico y práctico, después.

Pero, quizá como consecuencia del déficit de pensamiento y de contraste teórico, el ciclo de cambio dista mucho de alcanzar un cierre, si no definitivo (pretensión que resultaría antidialéctica y conservadora), dotado al menos de una coherencia y un horizonte más sólidos y amplios que los que proporciona el acontecer diario. De la percepción de ese déficit y de la insatisfacción que genera surgen nuevos retos que abocan a la asunción de ineludibles transformaciones internas y de proyección exterior necesarias, entre otras razones, para mejorar la sincronización entre la geografía y la realidad evitando, por una vez, los históricos desajustes ya reseñados con anterioridad en lo temático, al tiempo que deberían actualizarse de manera más decidida las otras cuestiones conceptuales y metodológicas aún no suficientemente aclaradas (y que se han ido apuntando a lo largo del trabajo).

De todo este conjunto de retos podría situarse en primer término el que concierne a la configuración del núcleo conceptual de la geografía, puesto que la orientación, el perfil y la estructura interna del conocimiento geográfico dependen (y dependerán) de cómo se deslinden, complementen y jerarquicen entre sí los principales conceptos (territorio, espacio y paisaje) y otros

conexos⁵⁰, que inevitablemente han de ocupar un lugar central en cualquier paradigma geográfico. Es un planteamiento que supera ya, en cualquier caso, el ámbito autolimitado de este artículo y que merece un desarrollo monográfico posterior.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, R. (1990): «The relativity of time and transformation», en B. L. Turner, W. Clark, R. Kates, J. Richards, J. Mathews y W. Meyer (eds.): *The Earth as transformed by human action. Global and regional changes in the biosphere over the past 300 years*. Cambridge, pp. VII-X.
- ALMEIDA, F. (2004): «Una propuesta de clasificación de las ciencias del territorio y su relación con la planificación territorial». *Territoris. Revista del Departament de Ciències de la Terra* (Balears), núm. 4, pp. 9-29.
- AMIN, S. (1998): *El capitalismo en la era de la globalización*. Paidós, 296 pp.
- ANDERSON, A. E. (1986): «Presidential address: de four logistical revolutions». *Papers of the Regional Science Association* (Londres), vol. 59-1, pp. 1-12.
- ANUCHIN, V. A. (1975): «Teoría de la geografía», en R. J. Chorley (ed.): *Nuevas tendencias en geografía*. IEAL, Madrid, pp. 69-99.
- BAERWALD, T. (2010): «Prospects for Geography as an Interdisciplinary Discipline». *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 100, 3, pp. 493-501.
- BALSTAD, R. (1991): «Las ciencias sociales y el desafío del cambio ambiental mundial». *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 130 (*Cambios en el medio ambiente planetario*), Unesco, pp. 639-648.
- BARBER, B. (1995): *Jihad vs. McWorld. Terrorism challenge to democracy*, Random House, 389 pp.
- BAULIG, H. (1948): «La géographie est-elle une science?». *Annales de Géographie* (París), LVII, 305, pp. 1-11.
- BEAUJEU-GARNIER, J. (1971): *La géographie. Méthodes et perspectives*. París, 141 pp.

⁵⁰ Como muestra de la disparidad, no sólo en la definición, sino en la propia selección de los conceptos más relevantes, puede citarse (por su carácter reciente y contrastado) por un lado a Rojas (2005), que destaca entre los conceptos más importantes de la geografía (excluyendo el de paisaje) los de espacio, territorio, área, lugar, región, uso de la tierra, escala y relación sociedad-naturaleza, y por otra parte a Matthews y Herbert (2008), que reducen los conceptos básicos a tres (entre los que no se incluye ni el territorio ni el paisaje): espacio, lugar y medio ambiente.

- (1975): «La géographie au service de l'action». *Revue Internationale de Sciences Sociales*, xxvii (2), pp. 290-302.
- BERRY, B. (1971): *Geografía de los centros de mercado y distribución al por menor*. Barcelona, 191 pp.
- BLÁZQUEZ, M. (1999): «Recreo al aire libre y conservación de la naturaleza en Europa occidental». *Ería. Revista de Geografía* (Oviedo), núm. 49, pp. 203-211.
- BOISIER, S. (2003): «Globalización, geografía política y fronteras». *Aldea Mundo*, año 7, núm. 13, pp. 5-15.
- (2005): «¿Hay espacio para el desarrollo local en la globalización?». *Revista de la CEPAL*, núm. 86 (agosto), pp. 47-62.
- BONNET, A. (2008): *What is geography?* Londres, 158 pp.
- BOSQUE MAUREL, M., y F. ORTEGA (1995): *Comentarios de textos geográficos. Historia y crítica del pensamiento geográfico*. Barcelona, 180 pp.
- BOSQUE SENDRA, J., y E. CHUVIECO SALINERO (2004): «La incorporación de las nuevas tecnologías en la investigación geográfica española», en *La geografía española ante los retos de la sociedad actual. Aportación española al XXX Congreso de la Unión Geográfica Internacional*. Glasgow, pp. 107-119.
- BROC, N. (1974): «Un musée de géographie en 1795». *Revue d'Histoire des Sciences et de leur Applications*, vol. 27, núm. 1, pp. 37-43.
- BROGGIO, C., y M. PHILIPPONNEAU (2001): «La geografía profesional en Francia: del geógrafo universitario al geógrafo profesional». *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (Barcelona), núm. 39, pp. 97-117.
- BRUNET, R. (1962): *Le croquis de géographie régionale et économique*. París, 249 pp.
- BUNGE, W. (1962): *Theoretical Geography*. Lund, 289 pp.
- CANOSA, E., M. FROCHOSO y J. MUÑOZ (2004): «Los departamentos universitarios de geografía y su producción científica», en *La geografía española ante los retos de la sociedad actual. Aportación española al XXX Congreso de la Unión Geográfica Internacional*. Glasgow, pp. 121-144.
- CAPEL, H. (1981): *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea. Una introducción a la geografía*. Barcelona, 509 pp.
- (2010): «Geografía en red a comienzos del tercer milenio: para una ciencia solidaria y en colaboración». *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (Barcelona), vol. XIV, núm. 313, s./p.
- y L. URTEAGA (1988): *Las nuevas geografías*. Barcelona, 64 pp.
- CASTELLS, M. (1997) *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Vol. 1: *La sociedad red*. Madrid, 592 pp.
- CLARK, G., y M. HIGGITT (1997): «Geography and lifelong learning: a report on a survey of geography graduates». *Journal of Geography in Higher Education*, vol. 21 (2), pp. 199-213.
- CLAVAL, P. (1998): *Histoire de la géographie française de 1870 à nos jours*. París, 543 pp.
- COSGROVE, D. (2010): *Geography & vision. Seeing, imagining and representing the world*. Londres, 256 pp.
- CUETO, D. (1978): «La aparición de nuevos paradigmas en las ciencias sociales: el caso de la geografía». *Paralelo 37* (Almería), núm. 2, pp. 35-45.
- DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO (2009): «Justificación», en *Grado en Geografía y Ordenación del Territorio*. Oviedo, pp. 3-14.
- DERRUAU, M. (1961): *Précis de géographie humaine*. París, 572 pp.
- ENGELS, F. (1845): «La situación de la clase obrera en Inglaterra», en *Escritos de Juventud de Federico Engels*. Traducción de Wenceslao Roces, México, 1981, pp. 281-553.
- (1873): «Contribución al problema de la vivienda», en C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*. Versión española de Editorial Progreso, Moscú, t. II, 1980, pp. 314-391.
- (1876a): «Introducción a la dialéctica de la naturaleza», en C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*. Versión española de Editorial Progreso, Moscú, t. III, 1980, pp. 39-56.
- (1876b): «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre», en C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*. Versión española de Editorial Progreso, Moscú, t. III, 1980, pp. 66-79.
- FAULCONBRIDGE, J., y J. BEAVERSTOCK (2008): «Globalization: interconnected worlds». *Key Concepts in Geography* (Londres), pp. 331-343.
- FENNEMAN, N. (1919): «The circumference of geography». *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 9, 1, pp. 3-11.
- FOLKE, S. (1972): «Why a radical geography must be marxist». *Antipode. A radical Journal of Geography* (Worcester), vol. 4, núm. 2, pp. 13-18.
- GAILE, G. L., y C. J. WILLMOTT. (2003): *Geography in America at the dawn of the 21st Century*. Oxford, 795 pp.
- GALLOPIN, G. C. (1991): «Las dimensiones humanas del cambio mundial: vinculación de los procesos globales y locales». *Revista Internacional de Ciencias*

- Sociales*, núm. 130 (*Cambios en el medio ambiente planetario*), Unesco, pp. 745-758.
- GEORGE, P. (coord.) (1964): *La géographie active*. París, 394 pp.
- GIMÉNEZ, G. (1996): «Territorio y cultura». *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* (México), vol. II, núm. 4 (diciembre), pp.9-30.
- GÓMEZ, J., J. MUÑOZ y N. ORTEGA (1982): *El pensamiento geográfico*. Madrid, 530 pp.
- HAGGET, P. (1976): *Análisis locacional en la geografía humana*. Barcelona, 434 pp.
- HARTSHORNE, R. (1959). *Perspective on the Nature of Geography*, 200 pp.
- HARVEY, D. (1969): *Explanation in Geography*. Versión española de G. Luna, *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Madrid, 1983, 499 pp.
- (1972): «Revolutionary and counter revolutionary theory in geography and the problem of ghetto formation». *Antipode. A radical Journal of Geography* (Worcester), vol. 4, núm. 2, pp. 1-13.
- (2000): *Espacios de esperanza*. Madrid, 328 pp.
- (2003): *The New Imperialism*. Oxford, 264 pp.
- HENDERSON, H. (2003): *Más allá de la globalización. La tarea de modelar una economía global sustentable*. Buenos Aires, 208 pp.
- HERBST, J. (1961): «Social darwinism and the history of American Geography», en *Proceedings of the American Philosophical Society*. Vol. 105, núm. 6, pp. 538-544.
- HERNÁNDEZ DEL ÁGUILA, R. (2002): «La mirada ambiental: entre la ciencia y el arte de vivir», en M. Novo (coord.): *Ciencia, arte y medio ambiente*. Madrid, pp. 175-194.
- HETTNER, A. (1927): «La naturaleza y los cometidos de la geografía». *Geocrítica*, núm. 70 (1987), pp. 23-79.
- JEREZ, L., V. MARTÍN y R. PÉREZ (2012): «Aproximación a una geografía de la corrupción urbanística en España». *Ería. Revista de Geografía* (Oviedo), núm. 87, pp. 5-18.
- JHONSTON, R., P. TAYLOR y M. WATTS (2002): *Geographies of global change. Remapping the World*. 518 pp.
- JUARISTI, J. (2009): «La ordenación del territorio en el umbral del año 2010: promesas, retos y problemas». *Lurralde*, núm. 32, pp. 361-382.
- KROPOTKIN, P. (1898): *Campos, fábricas y talleres*. Ed. esp.: Madrid, 1978, 172 pp.
- KRUGMAN, P. (1991): *Geography and Trade*, Cambridge, 85 pp.
- LABASSE, J. (1973): *La organización del espacio. Elementos de geografía aplicada*. Madrid, 752 pp.
- LACOSTE, Y. (1977): *La geografía: un arma para la guerra*. Barcelona, 156 pp.
- LAFARGUE, P. (1884): *El método histórico*. Ed. esp., El Público, 2010, 53 pp.
- LOIS, R. C. (2009): «La geografía y el análisis territorial en España: argumentos para la reflexión». *Boletín de la AGE*, num. 50, pp. 7-42.
- MACKINDER, H. J. (1887): «On the Scope and Methods of Geography». Trad. esp. de Josefina Gómez Mendoza en J. Gómez, J. Muñoz y N. Ortega: *El pensamiento geográfico*. Madrid, 1982, pp. 204-216.
- MAISTRE, G. (1971): «Pour une géographie des communications de masse». *Revue de Géographie Alpine*, núm. 2, pp. 215-228.
- MARX, C. (1859): *Contribución a la crítica de la economía política*. Ed. esp.: Comares, 2004, 218 pp.
- y F. ENGELS (1846): «Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista», en C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*. Versión española de Editorial Progreso, Moscú, t. I, 1976, pp.11-80.
- MATTHEWS, J., y D. HERBERT (2008): *Geography. A very short introduction*. Oxford, 181 pp.
- MAURÍN, M. (1985): «Los problemas epistemológicos de la geografía». *Ería. Revista de Geografía* (Oviedo), núm. 8, pp. 91-103.
- (2008): «Las áreas protegidas: un enfoque geográfico». *Ería. Revista de Geografía* (Oviedo), núm. 76, pp. 165-195.
- MAY, J. (1970): *Kant's concept of geography and its relation to recent geographical thought*. Toronto, 280 pp.
- MÉNDEZ, R., y F. MOLINERO (1984): *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo*. Barcelona, 629 pp.
- MEYNIER, A. (1969): *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*. París, 224 pp.
- (1970): «Réflexions sur la specialisation chez les géographes». *Norois* (Rennes), núm. 25, pp. 5-12.
- MICHOTTE, P. (1922): «L'orientation nouvelle en géographie». *Bulletin de la Société Royale de Géographie*, 1, pp. 1-39.
- MONGIL, D., y A. TARROJA (2004): «Los perfiles profesionales de la geografía española», en *La geografía española ante los retos de la sociedad actual. Aportación española al XXX Congreso de la Unión Geográfica Internacional*. Glasgow, pp. 349-373.
- MONK, J. (2001): «Continuidades, cambios y retos de la geografía contemporánea en los Estados Unidos». *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (Barcelona), núm. 39, pp. 75-95.

- MORIN, E. (1999): *La cabeza bien puesta. Repensar la reforma. Reformar el pensamiento*. Buenos Aires, 2007, 143 pp.
- MUÑOZ, M. (2007): «Paisajes ateritoriales, paisajes en huelga», en J. Nogué (ed.): *La construcción social del paisaje*. Madrid, pp. 293-313.
- MUÑOZ, J., y N. ORTEGA (1982): *El pensamiento geográfico*. Pp. 204-216.
- ORTEGA, J. (2000): *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Barcelona, 604 pp.
- PEET, R. (1977): *Radical geography: alternative viewpoints on contemporary social issues*. 387 pp.
- y N. THRIFT (1989): «Political economy and human geography». *New Models in Geography: the Political-Economy Perspective* (Londres), vol. 1, pp. 3-29.
- PILLET, F. (2008): «Las escalas del espacio: desde lo global a lo local». *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (Barcelona), vol. XII, núm. 270 (5), s./p.
- RACINE, G. B. (1977): «Discurso geográfico y discurso ideológico: perspectivas epistemológicas». *Geocrítica*, 44 pp.
- RAZTEL, F. (1882): *Antropogeographie*. Traducción al italiano del vol. 1: *Geografia dell'uomo. Principi d'applicazione della scienza geografica alla storia*, Turín, 1914, 596 pp.
- RECLUS, E. (1905-1908): *El hombre y la tierra*. Introducción y selección de B. Giblin, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, 399 pp.
- REQUÉS, P. (2004): «Geografía y sociedad en España: presencia (y ausencias)», en *La geografía española ante los retos de la sociedad actual. Aportación española al XXX Congreso de la Unión Geográfica Internacional*. Glasgow, pp. 374-391.
- REYNAUD, A. (1976): «El mito de la unidad de la geografía». *Geocrítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana* (Barcelona), núm. 2, pp. 6-40.
- RICHTHOFEN, F. (1883): «Tareas y métodos de la geografía actual: el método de la geografía general». Trad. esp. de Pedro Plans, en *Didáctica Geográfica* (Madrid), núm. 3 (1978), pp. 49-62.
- ROBERSTON, R. (2000): «Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad». *Zona Abierta*, núm. 92-93, pp. 213-241.
- ROBSON, A. (2001): «Diversificación de las salidas profesionales para los geógrafos y las geógrafas en el Reino Unido». *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (Barcelona), núm. 39, pp. 57-74.
- ROCCATAGLIATA, J. A. (1994). *Geografía y políticas territoriales. La ordenación del espacio*. Buenos Aires, 131 pp.
- RODRÍGUEZ, J. A. (1996): *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*. Madrid, 412 pp.
- ROJAS, T. (2005): «Epistemología de la geografía: una aproximación para entender esta disciplina». *Terra Nueva Etapa* (Venezuela), núm. 30, pp.141-162.
- ROSTOW, W. (1960): *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*. Cambridge, 3.^a ed. (1990), 272 pp.
- SAMPEDRO, J. L. (1983): «El reloj, el gato y Madagascar». *Revista de Estudios Andaluces*, núm. 1, pp. 119-126.
- SÁNCHEZ, J. E. (1981): *La geografía y el espacio social del poder*. Barcelona, 248 pp.
- SANTOS, M. (2000): *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona, 348 pp.
- SCHAEFER, F. (1953): *Excepcionalismo en geografía*. Ed. esp., Barcelona, 1971, 86 pp.
- SCOTT, A., y M. STORPER (2003): «Regions, globalization, development». *Regional Studies*, vol. 37, pp. 579-593.
- STAMP, L. (1960): *Applied Geography*. Londres, 208 pp.
- SWYNGEDOUW, E. (2004): «Globalisation or "glocalisation"? Networks, territories and rescaling». *Cambridge Review of International Affairs*, 17, 1, pp. 25-48.
- TERÁN, M. (1960): «La situación actual de la geografía y sus posibilidades de futuro». *El Hombre y la Tierra* (Barcelona), vol. IV, pp. 28-39.
- THROWER, N. J. (2002): *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social*. Barcelona, 339 pp.
- TORO, F. J. (2007): «El desarrollo sostenible: un concepto de interés para la geografía». *Cuadernos Geográficos* (Granada), núm. 40, pp.149-181.
- TORT, J. (2004): «Hacia la geografía». *Biblio 3W (Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales)* (Barcelona), vol. IX, núm. 538, s./p.
- TOURNAINE, A. (1969): *Société post-industrielle*. París, 319 pp.
- TRICART, J. (1978): *Géomorphologie applicable*. París, 204 pp.
- TROIÑO, M. A. (2008): «Ordenación del territorio y desarrollo territorial: la construcción de las geografías del futuro», en M.^a E. Salinas (coord.): *El ordenamiento territorial. Experiencias internacionales*. México, pp. 27-52.
- TROLL, C. (1963): «Ecología del paisaje», reproducido en *Gaceta Ecológica* (México), núm. 68 (2003), pp. 71-84.
- TULLA, A. (coord.) (2004): *Libro Blanco. Título de Grado en Geografía y Ordenación del Territorio*. Agencia

- Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA), Madrid, 425 pp.
- TURNER, B. L., W. CLARK, R. KATES, J. RICHARDS, J. MATHEWS y W. MEYER (eds.) (1990): *The Earth as transformed by human action. Global and regional changes in the biosphere over the past 300 years*. Cambridge, 722 pp.
- UICN (2007): *World Database on Protected Areas*. Washington.
- UNWIN, T. (1995): *El lugar de la geografía*. Madrid, 342 pp.
- UNITED NATIONS (1987): «Our Common Future», en *Development and international economic co-operation: Environment. Report of the World Commission on Environment and Development* (chairman, Gro Harlem Brundtland), 374 pp.
- VILÁ, J. (1983): *Introducción al estudio teórico de la geografía*. Barcelona, 377 pp.
- WARNTZ, W. (1975): «La nueva geografía como teoría de sistemas espaciales. ¿Cuenta mucho la vieja física social?», en R. J. Chorley (ed.): *Nuevas tendencias en geografía*. Madrid, pp. 137-187.
- ZOIDO, F. (1998): «Geografía y ordenación del territorio». *Íber. Didáctica de las Ciencias Sociales* (Barcelona), núm. 16 (abril), pp. 19-31.